

Alan Watts

OM

La sílaba sagrada



K

Alan Watts

OM

La silaba sagrada

Título original: OM CREATIVE MEDITATIONS

Portada: Agustín Pániker

Traducción: David Rosebaum

© 1980 by Celestial Arts y Editorial Kairós, S. A., 1981

Primera edición: octubre 1981

Dep. Legal: B-34.890/1981

I.S.B.N.: 84-7245-128-3

Fotocomposición Beltrán, Sagrera, 76 — Barcelona-27 Imprime y encuaderna índice, A. G., Caspe, 116— Barcelona-13

OM

Trae un higo de esa higuera.

Aquí lo tienes, señor.

Ábrelo.

Está abierto.

¿Qué ves en su interior?

Estas diminutas semillas, señor.

Abre una.

Ya está.

¿Qué ves en ella?

Señor, no veo nada en absoluto.

Hijo mío, esa esencia sutil que no ves es el Ser de todo el universo.

Eso es lo Real.

Eso es el Ser.

PRÓLOGO

Las siguientes meditaciones fueron transcritas a partir de conferencias que, tras muchas horas de atenta escucha, surgieron como ejemplos extraordinarios de las enseñanzas habladas de mi padre. Mis selecciones fueron cuidadosamente corregidas y adaptadas por Judith Johnstone, quien ha demostrado gran maestría en la delicada tarea de transferir las palabras habladas a escritas. Me complace mucho ver cómo se ha capturado la fuerza y el sabor originales de estas charlas.

Al leer estas páginas, el lector verá que el texto aún contiene el ritmo fácil de su hablar y quizás encuentre agradable leer algunos pasajes en voz alta para sí mismo o para sus amigos.

Mark Watts

Mili Valley, California

Primavera de 1980.

YO: UN CASO DE IDENTIDAD EQUIVOCADA

No venimos a este mundo, surgimos de él. Cada uno de nosotros es un síntoma del estado del universo. OM.

Me parece que si somos sinceros con nosotros mismos, la pregunta más fascinante del mundo es:

¿QUIÉN SOY?

¿A qué nos referimos cuando decimos la palabra YO?

¿Qué sentimos cuando decimos *yo mismo*?

Creo que no puede haber una preocupación más absorbente. Resulta tan misteriosa, tan escurridiza.

Lo que somos en nuestro ser más profundo escapa a nuestro examen de la misma manera que no podemos vernos directamente los ojos sin utilizar un espejo, que no podemos mordernos los dientes y que no podemos tocarnos la yema del índice derecho con la yema del índice derecho. Por eso hay siempre un elemento de profundo misterio en el problema de quién somos.

Este problema me ha fascinado durante muchos años y he realizado muchas investigaciones sobre lo que la gente cree que es, lo que quieren decir con la palabra *yo*. Resulta que existe un cierto acuerdo en todo esto, especialmente entre la gente que vive en la civilización occidental.

•La mayoría de nosotros piensa que *yo*, el *ego*, *yo mismo*, mi fuente de consciencia, es un centro de atención y una fuente de acción que reside en medio de una bolsa de piel. Y así tenemos una concepción de nosotros mismos que *yo* llamo un *ego* dentro de una cápsula de piel.

En nuestro lenguaje cotidiano utilizamos la palabra *yo* de una manera muy especial. No estamos acostumbrados a decir: «Yo soy un cuerpo»; en lugar de ello decimos: «Tengo un cuerpo». No decimos: «Yo lato mi corazón», de la misma manera que decimos: «Yo camino, hablo, pienso». Pensamos que nuestro corazón late por sí mismo y que no tenemos gran cosa que ver con ello.

Así, no consideramos que Yo, yo mismo

sea un ser idéntico a todo nuestro organismo físico. Consideramos que es algo que está *dentro de él*.

La mayoría de los occidentales sitúan su ego dentro de la cabeza. Te encuentras en algún lugar entre los ojos y los oídos y el resto de ti pende de ese punto de referencia. Esto no sucede en otras culturas. Cuando los japoneses o los chinos quieren situar el centro de sí mismos apuntan hacia la zona del corazón. Otros pueblos se sitúan en el plexo solar. Pero nosotros, occidentales, generalmente nos situamos en el medio de la cabeza, como si dentro de la cúpula del cráneo hubiese un pequeño cuartel general. En realidad nos concebimos como un hombre pequeño, situado dentro de nuestra cabeza, que lleva auriculares para recibir mensajes de los oídos, que está sentado frente a un televisor para recibir mensajes de los ojos, que va cubierto de electrodos que le traen sensaciones de la piel y que preside un panel de botones, palancas y apagadores que, más o menos, controlan el cuerpo. Aun así, ese pequeño ser no es la misma cosa que mi cuerpo, ya que yo me hago cargo de lo que considero las acciones voluntarias de mi cuerpo. Sin duda, lo que se llama acciones involuntarias de mi cuerpo me suceden a mí y se me imponen, pero hasta cierto punto puedo controlar mi cuerpo.

Esta es, creo yo, la concepción occidental ordinaria del yo.

Veamos el tipo de preguntas que hacen un niños que han sido influidos por nuestro ambiente cultural:

«Mamá, ¿quién habría sido yo si mi padre hubiese sido otra persona?»

Como vemos, nuestra cultura da al niño la idea de que el padre y la madre suministraron un cuerpo en el que el no apareció en algún momento. Si esto sucedió en el momento de la concepción o del nacimiento queda un poco confuso. En toda nuestra manera de pensar encontramos la idea de que somos un alma o esencia espiritual aprisionada dentro de un cuerpo y que vemos al mundo como si fuese algo extraño para nosotros, como lo expresó el poeta A. E. Housman al decir «Yo, extraño y atemorizado, en un mundo que nunca hice».

Hablamos de *confrontar* la realidad *enfrentarnos* a los hechos *venir* a este mundo.

Desde el nacimiento se nos enseña que debemos considerarnos como bolsas de piel que se enfrentan a seres extraños en un mundo profundamente ajeno a nosotros: hemos aprendido a creer que lo que está fuera de nosotros no forma parte de nosotros. Naturalmente, esto establece una sensación fundamental de hostilidad y extrañeza entre nosotros y el llamado mundo exterior, llevándonos a hablar de la *conquista* de la naturaleza, de la *conquista* del espacio y a considerar que nos hallamos en una especie de batalla contra el mundo que nos rodea.

Quisiera examinar la extraña sensación de ser un ser aislado. En realidad resulta totalmente absurdo decir que venimos a este mundo. No venimos a este mundo, surgimos de él.

¿Qué crees que eres?

Si este mundo es un árbol, ¿eres tú las hojas de sus ramas?

¿O eres un pájaro

que se ha asentado en un árbol muerto?

Sin lugar a dudas, todos nuestros conocimientos científicos sobre los organismos vivientes nos demuestran que surgimos de este mundo, que podría decirse que cada uno de nosotros es un síntoma del estado del universo en su conjunto.

Durante muchos siglos, la civilización occidental ha estado bajo la influencia de dos grandes mitos. (Cuando empleo la palabra *mito* no me refiero necesariamente a algo falso. Para mí, la palabra *mito* significa una gran idea o una gran imagen mediante la que la gente intenta comprender el mundo.)

El primer mito que ha influido profundamente al mundo occidental es la imagen de que el mundo es un artefacto, como la mesa de un carpintero o la jarra de un ceramista. De hecho, en el Génesis, aparece la idea que el hombre originalmente era una figura de barro que Dios sacó de la tierra, para luego darle vida con su aliento. Todo el pensamiento occidental está completamente impregnado por la idea de que todas las cosas, todos los acontecimientos, toda la gente, las montañas, las estrellas, todas las flores, todos los saltamontes, los gusanos y las estrellas de mar son artefactos que han sido creados. Por consiguiente, resulta natural que un niño occidental pregunte:

¿Cómo fui creado?

Esta misma pregunta sería totalmente rara para un niño chino, ya que los chinos no piensan que la naturaleza es algo creado. Consideran que es algo que crece y estos dos procesos son bastante diferentes.

Cuando hacemos algo, lo armamos uniendo sus partes o bien le damos forma trabajando desde afuera hacia adentro, como cuando tallamos una imagen en un pedazo de madera o piedra.

Cuando observamos crecer algo, lo que sucede es enteramente diferente. No va uniendo partes, sino que se expande desde adentro, complicándose gradualmente, expandiéndose hacia afuera como un botón que se abre o una semilla que se convierte en planta.

Pero detrás del pensamiento occidental se halla la idea de que el mundo es un artefacto elaborado por un arquitecto, carpintero y artista celestial que, por ende, sabe cómo fue hecho.

Cuando era pequeño, yo hacía muchas preguntas que mi madre no podía responder. En su desesperación solía decirme: «Querido, existen cosas que nunca sabremos».

Cuando le preguntaba:

«Bueno, ¿algún día lo sabremos? ella me respondía:

«Sí, cuando muramos y vayamos al cielo, todo quedará claro.»

Y yo solía pensar que las tardes de lluvia, en el cielo, iríamos a sentarnos todos alrededor del Trono de la Gracia y diríamos a Dios:

«Bueno, ¿por qué lo hiciste de esta manera y cómo te las arreglaste para hacer aquello?» y entonces, El nos lo explicaría a fin de dejar todo claro. Todas las preguntas serían respondidas. La teología popular concibe a Dios como una mente genial que lo sabe todo. Si le preguntáramos cuál es la estatura del señor Whitney en milímetros. Dios lo sabría y nos lo diría. Es una Enciclopedia Británica cósmica.

Desgraciadamente, esta imagen o mito en particular llegó a ser demasiado para nosotros, porque era demasiado opresivo. Resulta bastante enervante sentir que un juez infinitamente justo nos conoce de cabo a rabo y nos observa todo el tiempo. Así que los sustituimos por otro mito, el de un universo puramente mecánico. Este mito fue inventado a finales del siglo XVIII y fue adquiriendo una creciente aceptación durante el XIX y buena parte del XX, de manera que actualmente es cosa de sentido común. Muy pocas personas creen en Dios a la manera antigua. Dicen tenerla, pero en realidad no tienen fe en Dios. Esperan que haya un Dios, desean fervientemente que lo hubiera y piensan que deben creer que existe. Pero la idea de un universo regido por ese maravilloso anciano ya no está de moda.

No se trata de que se haya demostrado la no existencia de Dios, sino de que esta idea, de alguna manera, ya no concuerda con la vasta infinitud de galaxias, las inmensas distancias en años luz que hay entre ellas, etc. Así que, en lugar de ello, se ha puesto de moda (y no es más que cuestión de moda) creer que el universo es estúpido y que la inteligencia, los valores, el amor y los buenos sentimientos solamente residen dentro de la bolsa de la epidermis humana. Y que, en el exterior, todo es simplemente una especie de interacción caótica y estúpida entre fuerzas ciegas.

Freud nos presentó la noción de la vida biológica basada en lo que él denominaba *libido*, que es una palabra muy, muy cargada de significados. En última instancia lo que propone es que el deseo ciego, cruel e incomprensible es el fundamento del inconsciente humano. Entre los pensadores del siglo XIX, como Hegel, y T. H. Huxley (incluso Darwin), existía la idea de que en la raíz de nuestro ser hay, una energía ciega y totalmente estúpida, y que nuestra inteligencia es un desgraciado accidente. Por un extraño capricho de la evolución llegamos a ser estos seres sensibles y racionales (bueno, ¡más o menos racionales!), y esto constituye un terrible error porque según esta teoría nos hallamos en un universo que no tiene nada en común con nosotros, que no comparte nuestros sentimientos, que no tiene verdadero interés en nosotros. Tan sólo somos una casualidad cósmica, y la única esperanza de la humanidad consiste en derrotar a este universo irracional, sometiéndolo, conquistándolo y dominándolo.

Ahora bien, esto es perfectamente idiota. Toma la idea de un universo creado por un benévolo anciano (que adopta una actitud de «a/mí/me/duela/más/que/a/ti» que resulta mucho menos benévola para quien la recibe) y la remplaza con la idea de una realidad absoluta que carece totalmente de inteligencia. Esto no tiene sentido, ya que un universo sin inteligencia no puede producir un organismo inteligente como el ser humano. El pasaje del Nuevo Testamento que nos dice que los higos no crecen en los cardos, ni las uvas en las zarzas, se aplica igualmente al mundo.

Al árbol del jardín que produce manzanas cada verano lo llamamos manzano debido a las *manzanas*, que son lo que el árbol *hace*. Ahora bien, tenemos un sistema solar dentro de una galaxia, y una de las peculiaridades de este sistema solar es que, al menos en el planeta Tierra, algo *produce gente*. Exactamente de la misma manera que el manzano produce manzanas.

Así, surgimos de este mundo exactamente de la misma manera que las manzanas surgen del manzano. Eso es lo que quiere decir la palabra evolución. Pero nosotros la retorremos de manera curiosa, diciendo que en primer lugar, en el principio, sólo había gas y rocas, y que luego la inteligencia surgió de ellas, como una especie de hongo o mucílago encima de todo ello esta

manera de pensar desconecta la inteligencia de las rocas.

Dejadme deciros una cosa, donde hay piedras, tened cuidado.

Tened cuidado.

Porque al final, las piedras cobrarán vida y habrá seres que se arrastrarán sobre ellas.

Tan sólo es cuestión de tiempo.

Esto sucederá exactamente de la misma manera que la bellota se transforma finalmente en roble; porque posee esa potencialidad dentro de sí.

Las rocas no están muertas.

Tal vez hace un par de millones de años, alguien vino de otra galaxia en un platillo volador. Le echó un vistazo a este sistema solar y, encogiéndose de hombros, dijo:

«Tan sólo un montón de rocas.» y se fue. Más adelante, quizá dos millones de años más tarde, volvieron a pasar y dijeron:

«Perdón, creímos que era tan sólo un montón de rocas, pero se está poblando; está vivo después de todo, ha hecho algo inteligente.»

¿Qué clase de actitud deseáis tomar ante el mundo?

Si queréis menospreciar al mundo, decís: «Bueno, fundamentalmente no es más que una cosa geológica, es una estupidez y sucede que en un momento apareció una especie de cosa extraña a la que llamamos consciencia». Esta actitud la podéis adoptar si queréis demostrar a los demás que sois pensadores estrictos, que sois realistas, que os enfrentáis a los hechos y no os permitís confundir vuestros deseos con la realidad. Esto no es más que representar un papel y debéis daros cuenta de ello. También existen modas en el mundo intelectual.

Por otra parte, si sentís afecto hacia el universo, lo eleváis en lugar de menospreciarlo. Decís que las rocas en realidad son conscientes, sólo que poseen una forma muy primitiva de consciencia. Después de todo, si golpeamos una copa de cristal hace un ruido, y esa respuesta, esa resonancia, es una forma extremadamente primitiva de consciencia. Se trata de una reacción muy simple: suena dentro de sí misma. Nuestra consciencia es mucho más sutil. Vibramos con todo tipo de colores, luces, ideas inteligentes, pensamientos y sentimientos; resulta más complicada, pero ambas son conscientes en diferente grado.

Esta idea es perfectamente aceptable y se opone directamente a la primera. Lo que digo es que los minerales son una forma rudimentaria de consciencia, mientras que los otros dicen que la consciencia es una forma complicada de lo mineral.

Lo que quieren decir es que todo es una especie de parloteo hueco. Yo quiero decir «Hurra», y la vida es un buen espectáculo.

Si estudiamos al hombre o a cualquier organismo viviente, tratando de describirlo exacta y científicamente, encontramos que nuestra sensación normal de nosotros mismos como egos aislados dentro de una bolsa de piel es una alucinación, algo totalmente chiflado. Porque cuando describimos el comportamiento humano (o el comportamiento de una rata, un ratón o un pollo) o cualquier cosa que deseemos describir, nos encontramos con que, si queremos ser exactos, también debemos describir el comportamiento de su ambiente.

Supongamos que yo camino y que alguien quiere describir la acción de andar. No podrá hablar de mi andar sin describir también el terreno. Sin describir el terreno y el espacio en que me

nuevo, todo lo que describimos es una persona balanceando las piernas en el espacio vacío. Así que para describir mi andar, hay que describir el espacio donde me encuentro.

Así, no podríais verme a menos que también vieseis lo que me rodea, lo que se halla detrás de mí. Si yo, mi ser, los límites de mi piel coincidieran con los límites de vuestro campo de visión, simplemente no me veríais. No me veríais debido a que, para verme, no solamente tendríais que ver lo que hay dentro de los límites de mi piel, sino también lo que se encuentra fuera. Esto es sumamente importante. En realidad, el misterio fundamental y absoluto, lo único que debemos saber para comprender los secretos metafísicos más profundos es esto:

Que para todo afuera hay un adentro, y para todo adentro, un afuera, y aunque son diferentes, van juntos.

En otras palabras, existe una conspiración secreta entre todos los adentros y todos los afueras y esta conspiración consiste en lo siguiente: parecer lo más diferentes posible y, no obstante, ser idénticos por debajo de las apariencias, ya que no podemos encontrar el uno sin el otro.

En eso consiste el secreto. Lo que es esotérico, lo que es profundo y lo que se encuentra dentro es lo que llamamos *implícito*; lo que es obvio y manifiesto es lo que llamamos *explícito*.

Y yo y mi medio ambiente, y vosotros y el vuestro somos explícitamente tan diferentes como cabe serlo, pero implícitamente vamos juntos. Y el científico descubre esto cuando intenta describir exactamente lo que sucede (lo que constituye el arte de la ciencia). Cuando describe exactamente lo que hacemos, el científico descubre que nosotros, nuestro comportamiento, es algo que no puede separarse del comportamiento del mundo que nos rodea. Entonces se da cuenta de que somos algo que todo el mundo está haciendo. Así como cuando el mar tiene olas (el mar, el océano, *olea*), así cada uno de nosotros es un *olear* de todo el cosmos.

Aquí estoy, porque la variedad es la sal de la vida. Pero lo curioso es que no hemos sido educados para sentir de esta manera. En lugar de sentir que nosotros, cada uno de nosotros, somos algo que todo el reino del ser hace, sentimos que somos algo que vino á este reino del ser como un extraño cuando nacimos (y en realidad ignoramos de dónde venimos, ya que no lo recordamos) y también pensamos que cuando muramos, ahí se acabará todo.

Algunas personas se consuelan pensando que se irán al cielo, o que van a reencarnarse o algo parecido. Pero la gente en realidad no lo cree.

Lo que obsesiona a la mayoría de las personas es que cuando mueran se dormirán para no volver a despertar. Van a encerrarlas para siempre en la caja fuerte de la oscuridad. Pero todas estas ideas dependen de una falsa idea de lo que uno es.

La razón por la que tenemos esta falsa idea de nosotros mismos es, hasta donde yo la entiendo, que nos hemos especializado en una clase determinada de consciencia. Pero, en sentido general (y en términos aproximados), tenemos dos tipos de consciencia: una es el reflector y la otra es la luz ambiental.

El reflector es lo que llamamos atención consciente. Esta nos es inculcada desde nuestra más temprana edad y se nos dice que es la forma más valiosa de consciencia. Cuando en la clase el profesor dice: «¡Poned atención!», todo el mundo abre los ojos o se vuelve rápidamente hacia el profesor. Se trata de la «consciencia reflector», que fija la mente en una sola cosa por vez. Cuando nos concentramos, incluso si no somos capaces de mantener un período de atención muy

prolongado, utilizamos nuestro reflector sobre una cosa tras otra. Hacemos flip, flip, flip, flip.

Pero también tenemos otro tipo de consciencia al que yo denomino luz ambiental. Por ejemplo, podemos conducir nuestro coche durante varios kilómetros con un amigo sentado al lado y nuestra consciencia reflector puede estar completamente absorta en la plática con este amigo. Sin embargo, nuestra «consciencia luz ambiental» se encargará de conducir el automóvil, advertirá todos los semáforos, los demás coches, etc., y llegaremos sanos y salvos a destino sin siquiera pensar en ello.

Nuestra cultura nos ha enseñado a especializarnos en la consciencia reflector y a identificarnos sólo con esa forma de consciencia. Yo soy mi consciencia reflector. Mi atención consciente es mi ego; eso soy yo.

Ignoramos en general la luz ambiental, aunque funciona todo el tiempo. Todos nuestros nervios son sus instrumentos.

Debido a que hemos sido educados para identificarnos con el reflector y menospreciar la luz ambiental, tenemos la sensación de ser solamente el reflector, tan sólo el ego que observa y atiende a esto o aquello. Y así ignoramos y no nos damos cuenta de la vastísima extensión de nuestro ser.

Las personas que por diversos medios se han dado cuenta de la existencia de su consciencia luz ambiental pasan por lo que se llama una experiencia mística o consciencia cósmica. Los budistas la llaman despertar. Los hindúes la llaman liberación, ya que descubren que el verdadero ser profundo (lo que somos fundamentalmente y para siempre) es todo el ser.

Todo lo que es, las obras todas, eso eres tú.

Solamente el ser universal que somos tiene la capacidad de concentrarse en tantas modalidades diferentes del aquí y ahora, así que cuando empleamos la palabra *yo*, utilizamos, como decía William James, una palabra que denota posición, como *este* o *aquí*. Al igual que un sol o una estrella tiene muchos rayos, así todo el cosmos se expresa en cada uno de nosotros con todas nuestras diferentes variaciones. Juega.

Juega el juego de John Doe, el juego de Mary Smith, el juego de la oruga, el juego de la mariposa, el juego del pájaro, el juego del pichón, el juego del pez, el juego de la estrella. Estos juegos difieren entre sí de la misma manera que el backgammon, el tute, el póquer y el *bridge*, o el vals, la mazurca y la polca. El cosmos danza con infinita variedad.

Pero cada una de las danzas que realiza, es decir *tú*, es algo que hace todo el ser. Nosotros nos olvidamos de esto. Hemos sido educados de tal manera que no nos damos cuenta de la conexión, no nos damos cuenta de que cada uno de nosotros es *las obras todas*, la totalidad, que juega de esta manera por el momento.

Hemos aprendido a temer la muerte como si fuera el final de todo y nada fuera a suceder después. Por consiguiente, sentimos miedo de todas las cosas que puedan producir la muerte: el dolor, la enfermedad y el sufrimiento. Pero si no sabemos, si no tenemos una consciencia vivida del hecho de que somos, básicamente, *todo*, no gozamos de la vida. Tan sólo somos un manojito de ansiedad mezclado con sentimientos de culpa.

Cuando traemos niños al mundo jugamos con ellos juegos terribles. En lugar de decir: «Hola, bienvenido a la raza humana. Mira, querido, aquí jugamos algunos juegos muy complicados y te

diré cuáles son las reglas. Quiero que las aprendas y las entiendas y, luego, cuando seas un poco mayor, quizá puedas idear algunas reglas mejores...» En lugar de ser francos con nuestros hijos, les decimos: «Bueno, ya estás aquí. Aquí estás de prueba, ¿entiendes? y quizá cuando crezcas un poco llegues a ser aceptable, pero hasta entonces puedes hacerte ver, pero no oír. Eres una porquería y hay que educarte, instruirte y castigarte hasta que te conviertas en un ser humano». Así se nos inculcan en la infancia estas actitudes, que perduran hasta la vejez.

En muchas ocasiones, se termina de la misma manera que se empezó. La gente va por el mundo sintiéndose fundamentalmente ajena, ya que sus padres les dicen desde el principio: «Mira, tú en realidad no perteneces a este lugar; has venido aquí para sufrir, para pasar una prueba, todavía no eres un ser humano». Y la gente lo siente así hasta la vejez, y piensa que el universo está regido por esa horrible especie de Padre-Dios Padre que, sin duda, piensa continuamente en nosotros y nos ama, pero que evita el castigo solamente para malcriar al niño. Quien te quiere te hará llorar. Así que sienten que no pertenecen al mundo.

Los cristianos incluso dicen que somos los hijos de Dios por adopción y gracia; no sus verdaderos hijos, sino hijos adoptivos mediante la gracia y el sufrimiento. De esto viene la sensación, tan característica en el occidental, de ser un extranjero en la tierra, un resplandor momentáneo de consciencia entre dos oscuridades eternas y, por consiguiente, en enfrentamiento constante con todo. No sólo con la gente, sino también con la tierra, con las aguas.

Dentro de nuestra cultura, todo esto está simbolizado por el buldozer. Donde vivo, a bordo de un transbordador, hay unas hermosas colinas enfrente, al otro lado del agua. En ese lugar van a construir casas... casas suburbanas en serie, para colmo.

Ahora bien, si uno quiere vivir en una colina, lo que quiere es vivir en una *colina* y no destruirla para poder vivir en ella. Pero es eso lo que va a suceder. Arrasarán la parte superior de la colina hasta dejarla completamente plana y luego construirán terrazas hasta llegar abajo. Eso destruirá el equilibrio ecológico de la colina y, más tarde, las casas se caerán en última instancia, pero para entonces ya estarán pagadas.

Por supuesto, un buen arquitecto diseñaría una casa en armonía con la colina.

¿Por qué la compañía urbanizadora no contrata a un arquitecto así?

Esencialmente, porque el urbanizador no siente que el mundo externo sea su propio cuerpo.

Y lo es.

El mundo externo es la extensión de nuestro propio cuerpo.

Un arquitecto inteligente y sensible siempre «pregunta» a la colina qué tipo de casa le gustaría que construyeran sobre ella.

Si tiene alguna preferencia por un tipo de casa y hace que la colina se someta a él, no está bien de la cabeza. No se da cuenta de que el mundo exterior es su cuerpo. Cuando se dé cuenta, recobrará su sentido común.

OM

Esta palabra es el universo entero.

Se dice que todo

el pasado

el presente y
el futuro
es el sonido OM.

Y cualquier cosa que se halle más allá de estas tres divisiones del tiempo también es, en realidad, OM.

En el principio sólo había el Ser Como una persona sola.

Al mirar a su alrededor no veía otra cosa que a sí mismo.

Primero dijo «yo soy» y de ahí surgió el nombre «yo»

Hasta nuestros días

cuando se pregunta a alguien «¿Quién es?» él responde «soy yo» y luego pronuncia su otro nombre.

El Ser tenía miedo, como todos los que están solos.

Pero pensó:

Puesto que no hay nadie además de mí ¿de qué tengo miedo?

Con lo que se desvaneció su temor.

¿Qué podría temer?

El miedo tan sólo puede venir del otro.

Pero el Ser no tenía placer

como "todos los que se encuentran solos.

Deseaba que hubiese otro.

Así que se extendió adoptando la forma del macho y la hembra en estrecho abrazo.

Y luego se dividió en dos partes.

Así, cada uno es una mitad,

como las mitades de un garbanzo

y la mitad que falta se llena con una pareja.

Luego se unió con ella y produjo a todos los seres humanos.

Entonces ella pensó:

«¿Cómo puede unirse a mí si me ha producido de sí mismo?»

Me esconderé.

Se convirtió en vaca, pero él se convirtió en toro y, uniéndose a ella, produjo todo el ganado.

Y, a su vez, ella se convirtió en yegua y él, en caballo.

Ella en burra y él, en asno.

Ella en cabra y él, en macho cabrío.

Ella en oveja y él, en camero.

Y así nacieron de su unión

todos los seres que existen en pares hasta llegar a las mismísimas hormigas.

Él sabía:

De hecho soy este universo ya que todo lo he producido yo.

De esta manera se convirtió en el universo.

NOSOTROS COMO ORGANISMOS

Eres una parte integral del cosmos. Todo lo que viene a ti es el regreso de todo lo que ha salido de ti. OM.

La opinión de que el mundo externo es, en cierto modo, una creación de la mente está muy de moda actualmente. Se trata de una reaparición dentro de la filosofía occidental de lo que solía denominarse idealismo, palabra que tiene una connotación más metafísica que moral. Pero llegamos a este punto de vista con supuestos muy diferentes de los sostenidos por gente como Hengel, Berkeley o Bradley, los grandes idealistas de la tradición europea.

Este nuevo idealismo tiene un curioso fundamento físico. Uno oye decir que «todo lo que sabemos está en nuestra mente»; que la distancia, la sensación de exterioridad entre uno mismo y los otros objetos y personas también es un contenido de la consciencia; que, por lo tanto, nuestra consciencia lo es todo.

Lógicamente, esta teoría ha creado todo tipo de respuestas extrañas.

¿Se encuentran las cosas ahí cuando no las estoy viendo o hay alguien más ahí o sois vosotros todos un sueño mío?

Tan sólo tenemos que imaginarnos una conferencia de solipsistas (aquellos que creen que solamente ellos existen) discutiendo sobre quién de ellos se encuentra ahí en realidad, para ridiculizar toda esta situación. Además, parece que en este tipo de pensamiento filosófico no existe una definición clara del significado de términos como mente o consciencia. La mente, el alma y el espíritu siempre han sido imágenes vagas, carentes de forma. La materia, al contrario, era escabrosamente áspera. Nunca se ha podido determinar de qué manera se influyen estas dos entidades. Todos los fantasmas bien educados atraviesan las paredes sin molestar a los ladrillos ni hacerse daño; por ello, siempre ha sido un misterio cómo una mente encarnada puede mover un cuerpo material.

Con el tiempo, la gente empezó a pensar que la diferenciación entre mente y materia era inútil. Lo que sucede cuando se hace esta diferenciación es que se empobrece a ambas.

Cuando intentamos pensar que la mente no es material o que la materia no es mental, creamos una gran confusión en ambos aspectos.

Lo mismo pasa con el místico que no es un poco sensual o con quien, siendo sensual, no es un poco místico. Ese sensualismo resulta aburrido, ese misticismo es fanático, demasiado espiritual.

Lo mismo sucede cuando separamos la profesión médica del sacerdocio. Ambas actividades salen perdiendo, y no sólo porque han perdido su mitad opuesta. El problema reside en que cuando separamos al doctor del sacerdote, hacemos más que crear dos especializaciones que, originalmente, formaban un solo campo. Un sacerdote-médico es algo más que un sacerdote más un médico. Al tener una visión binocular, por decirlo 'así, desde el punto de vista médico y del religioso, el sacerdote-médico no ve dos zonas, sino una zona unificada en tres dimensiones.

De manera similar, cuando hacemos que los conceptos de mente y materia funcionen separadamente, ambos se empobrecen. La mente se hace vaga (como una especie de gas psíquico)

y la materia se convierte en mera masa. Dos ciencias, la biología y la neurología, nos han permitido hacer una transición. Merced a la biología, y hasta cierto punto a la física, hemos llegado a la

idea de que el hombre puede ser un observador objetivo de un mundo externo que no es él mismo; que puede tomar distancias ante él, observarlo y decir lo que sucede en él.

Y bien, esto resulta imposible.

Podemos hacerlo aproximadamente pero no lo podemos hacer verdadera y totalmente, por dos razones.

La principal es que los biólogos nos muestran con gran claridad que no existe manera de separar definitivamente al organismo humano de su ambiente exterior. Ambos constituyen un solo campo de conducta.

Además, al observar algo lo alteramos. Esto sucede incluso si lo miramos y, más aún, si hacemos experimentos, si «hacemos ciencia» con él. No podemos efectuar observaciones sin interferir, de alguna manera, con lo que observamos. Por eso nos escondemos cuando, por ejemplo, observamos los hábitos y comportamiento de las aves. Cuando se observa algo, ese algo no debe saber que es observado.

Por supuesto, lo que en última instancia queremos hacer es ser capaces de vernos a nosotros mismos sin saber que nos estamos mirando. No queremos observar lo mejor de nosotros mismos, sino que deseamos ver cómo somos en realidad. Pero esto resulta imposible.

Asimismo, el físico no puede establecer simultáneamente la posición y la velocidad de partículas u «ondículas» muy diminutas, ya que el experimento de observación del comportamiento nuclear altera y afecta lo que se observa.

La inseparabilidad de los seres humanos y su mundo acaba con el mito del observador objetivo que se pone a un lado para observar un mundo que es puramente mecánico, que funciona como una máquina situada allá fuera.

La segunda razón por la que no podemos separarnos del mundo que nos rodea, proviene de la ciencia de la neurología. Actualmente comprendemos perfectamente que la clase de mundo que vemos depende de la estructura del órgano sensorial que utilizamos para percibirlo.

En otras palabras, las cualidades del mundo exterior (su peso,

color, textura, etc.) sólo le pertenecen en relación con el organismo que las percibe. La estructura misma de nuestro sistema óptico confiere luz y color a la energía exterior.

Ahora tenemos una base totalmente nueva para responder la vieja adivinanza: Si un árbol cae en un bosque en el que no hay nadie que escuche, ¿hace ruido? La respuesta, en términos científicos modernos, es perfectamente clara. El árbol que cae crea vibraciones en el aire y éstas se convierten en ruido si y solamente si, se relacionan con un tímpano y un sistema nervioso auditivo. ¿

De la misma manera, un tambor común no suena si no tiene parche, por fuerte que lo golpeemos. El sonido no es algo que exista en el mundo exterior. El sonido es una relación entre las vibraciones del aire y ciertas especies de organismos biológicos. Son estos organismos los que otorgan lo que llamamos sonido a las vibraciones, que no harían ruido alguno en un mundo sin oídos. Esto resulta perfectamente claro y directo. A partir de esto, podemos avanzar un poco.

¿Podríamos decir, por ejemplo, que antes de que existieran los organismos, no había mundo?

Cuando proponemos la existencia de un mundo anterior a la aparición de los organismos realizamos una extrapolación. Hablemos ahora un poco sobre la extrapolación.

Supongamos que tenemos un mapa de Kansas y deseamos conocer, mediante los datos contenidos en este mapa, el tipo de territorios que se encuentran más allá de sus límites. Lógicamente, extenderemos interminablemente las líneas de las carreteras. Ese es el único procedimiento que podemos emplear. Ningún dato del mapa de Kansas nos permitirá saber que un poco más al este nos topáramos con las Montañas Rocosas, sector en el que las carreteras tendrían que serpentear. Y aún menos podríamos saber que un poco más adelante nos encontraríamos con el Océano Pacífico, donde no puede haber carreteras.

Una extrapolación, por lo tanto, es ir de lo conocido a lo desconocido.

Uno podría preguntarse si la existencia del universo antes de

la aparición de los organismos vivientes es una extrapolación. Decimos que así deberían haber sido las cosas si entonces hubiésemos estado.

Pero no estábamos.

Tal vez eso tampoco estaba.

Podríamos utilizar este argumento, pero con las opiniones actuales, no estaría de moda.

Hay que tener cuidado con la moda en la filosofía, con la moda en la ciencia. Existen funciones completamente irracionales que determinan lo que es una opinión científica respetable y lo que no lo es. Aunque se trabaje con mucho cuidado, aunque se efectúen experimentos muy bien pensados, siempre en el fondo de este trabajo se hallan esas modas irracionales sobre lo que puede o no creerse.

Muchas de las cosas que aceptamos hoy día eran completamente increíbles. Siempre nos encontramos con este hecho. Se proclamó con gran autoridad que nunca llegaríamos a la luna debido a razones incontrovertibles de todo tipo.

Pero actualmente hemos dejado de adoptar una posición tan crítica. Como nos advertía Norbert Wiener en su libro *Human Use of Human Beings*, no debemos creer que la ciencia es una especie de hada madrina y decir: «Bueno, tenemos el problema de la superpoblación, de la falta de agua, etc., pero la ciencia los resolverá, no os preocupéis». Ese es el otro extremo.

En el momento que aceptamos el idealismo metafísico decimos que el mundo tal y como es, es resultado de la estructura de mi propio organismo. Si pensamos de esta manera, todas las montañas, soles, lunas y estrellas son habitantes de un mundo estrictamente humano.

Posiblemente los insectos, debido a estar provistos de órganos sensoriales diferentes, tengan un universo muy diferente, un universo de insecto. Esto parece ser otra manifestación de lo que solía denominarse falacia patética: atribuir cualidades y emociones humanas a los fenómenos naturales.

El viento suspira entre los árboles y se entristece nuestro corazón.

Después llega alguien y nos dice que no es el viento el que suspira, que somos nosotros.

Eso es cierto y no lo es.

^ No podríamos suspirar si no hubiera viento; nuestros suspiros y el soplo del viento van unidos.

He inventado las nuevas palabras *gowith* y *goeswith* (ir con) para reemplazar la idea de casualidad. Ciertas cosas van con— otras. Los suspiros del viento van con el mismo mundo en el que existen corazones y emociones humanos. Si no hubiese un mundo con corazones y emociones humanos no habría viento y si no hubiera viento (aire) no habría emociones y corazones humanos; se trata de una transacción, de una reciprocidad.

De manera similar, todos los acontecimientos del mundo exterior dependen, para tener lugar, del observador. Imaginemos un arco iris. Podemos decir que el sol brilla, que hay humedad en la atmósfera y que el sol, situado en el ángulo exacto con respecto a la humedad, produce un arco iris. Si hay gente en ese lugar, hay un arco iris. Para nosotros, esta es una manera aceptable de expresar las cosas dentro de las modas actuales de la filosofía y la ciencia.

Pero yo quisiera decirlo de otra manera. El sol brilla y hay humedad en el aire, pero no hay nadie presente, por lo que no hay arco iris. Tenemos que tener los tres elementos: sol, humedad y observador, para tener eso que llamamos arco iris. Lo que se aplica al tenue, transparente y luminoso arco iris, se aplica igualmente a las rocas más duras, a las montañas más sólidas y a los fuegos más calientes.

Toda existencia es una relación.

Recordemos la importancia del parche del tambor. Si no hay parche, ya podemos golpear con todas nuestras fuerzas, que no se producirá ruido alguno.

Podemos ver que la energía es una relación: Cuando vemos el puño que cae sobre el parche del tambor, sabemos que si cualquiera de los dos faltara no habría ruido alguno, ninguna existencia. No obstante, sabemos que la existencia no es solamente el impacto de un puño sobre un tambor.

La existencia también exige una relación con el complejo neurológico. Desde luego, el complejo neurológico pertenece al mismo mundo que el sol. Es un patrón físico, un comportamiento físico, una energía física. Y toma esta forma tan compleja para suscitar el mundo.

Se trata de una idea sumamente sencilla. La única dificultad que tenemos para comprenderla es que no estamos familiarizados con ella y no está de moda.

Como lo muestra la metáfora del arco iris, yo favorezco arbitrariamente una explicación de la existencia compuesta por tres elementos. El impacto de las energías en el mundo exterior requiere un observador de este impacto para darles energía o realizarlas (es decir, hacerlas reales).

Así, si las dos fuerzas externas son reales y el observador carece de importancia para la realidad de la situación, nos encontramos súbitamente con la idea de que la humanidad misma carece de importancia. Esta idea ha sido sostenida por muchas personas; se ha pensado que la humanidad carece de importancia de varias maneras. Algunos pueden pensar que carecemos de importancia porque somos visitantes espirituales provenientes de un mundo totalmente diferente. Otros pueden considerar que no tenemos importancia debido a que somos tan pequeños en comparación con el tamaño de todo el universo.

Ahora bien, ¿por qué la gente quiere pensar que la humanidad carece de importancia? ¿Qué beneficios puede aportar la adopción de este punto de vista?

En el siglo pasado estaba de moda considerar que los seres humanos no tenían importancia por varias razones políticas de bastante peso. Cuando se está en el tumulto, uno tiene que creer o bien

que es el representante de Dios Todopoderoso y que hace todo por orden Suya, o bien que lo que uno hace no es muy importante en realidad. Cualquiera de estas posturas nos da una coartada para comportarnos como bárbaros.

Así que inventamos la gran excusa, que nuestros pequeños asuntos no son de la incumbencia de Dios («Gracias al cielo, ya no nos observa») y podemos salir con la nuestra. Que, al fin y al cabo, era lo que perseguíamos durante las colonizaciones del siglo XIX y las violencias de las dos guerras mundiales. Dios ya no nos observa. Dios ha muerto, hagamos un brindis.

Durante un momento el hombre occidental perdió su *lugar*, es decir, lo que los hebreos acostumbraban llamar su posición como cabeza de la naturaleza. Actualmente se dice que considerar al hombre como la cabeza de la naturaleza constituye un punto de vista totalmente equivocado; en vez de ello decimos que el hombre es una parte de la naturaleza. Pero ¿a qué se debe que los naturalistas que piensan que el hombre es una parte de la naturaleza, estén siempre luchando contra la naturaleza?

A su vez, toda criatura es la cabeza de la naturaleza. A todos nos toca nuestro turno, ya que es mediante turnos cómo funciona el mundo. Toda criatura es la cabeza de la naturaleza debido a que cada criatura crea el mundo a su propia imagen. Y así, cada criatura en tanto que creadora del mundo, es un hombre.

Hombre tan sólo significa una posición media; esa es toda la idea del hombre. El centro, el camino medio, el medio. Y así, dondequiera que se encuentre el punto central, este punto recibe el nombre de hombre. Al igual que cada uno de nosotros es el centro de su propio universo.

Como explican los astrólogos, para trazar el mapa de un alma hay que tomar el punto central, ocupado por el organismo individual (en otras palabras, la fecha y hora de nacimiento) para obtener una latitud y una longitud. Y en esa fecha y hora, el arreglo del universo muestra el mapa de un alma individual.

El individuo es todo el universo considerado desde este punto de vista o enfocado en este punto de vista.

De una manera parecida, la situación cósmica de un ratón pone a ese ratón en la posición de hombre cuando se considera que el ratón es el centro del universo.

Todo punto situado dentro de un continuo espacio-temporal curvo es el centro del universo. Aunque se trata de una metáfora imperfecta, consideremos la superficie de una bola (de una esfera). Cualquier punto de su superficie puede ser el centro; basta con hacerlo girar hacia lo que al mirarla parece la parte de «adelante» y ese punto focal se convierte en el centro de la superficie de la esfera.

Y puede ser cualquier punto.

Si nuestro espacio es curvo como la superficie de la esfera, cualquiera de sus puntos puede considerarse legítimamente el centro.

El punto central recibe el nombre de hombre.

Como decía, puede ser un ratón, una hormiga, un insecto o cualquier otro ser.

Pero esto resulta inconcebible e inimaginable para aquellas personas que nunca se han experimentado a sí mismas como el centro del universo.

Las personas que insisten en decir que son observadores objetivos (como si observaran el

mundo a modo de una especie de pantalla de televisión o de cine en la que pasara un lejano panorama de acontecimientos), al adoptar esta postura se excluyen de la sensación de centralidad; de hecho, pueden menospreciar la sensación de centralidad. Se dice que es egoísta pensar que uno mismo es el centro de todo. Podemos decir que es todo lo malo que queramos, podemos decir que es el atolladero egocéntrico, pero así es. Y resulta mucho menos egocéntrico aceptarlo que decir: bueno, yo me voy a salir y jugaré mi propio juego como observador objetivo que es una especie de controlador situado fuera del mundo (en el mismo sentido cualitativo en que se dice que el Dios monoteísta se halla fuera del mundo).

Si llevamos esto a sus últimas consecuencias, y vemos hasta qué punto podemos llegar, entonces, en la medida en que somos el comportamiento del universo, el universo es nuestro comportamiento.

Anteriormente hablé de la facilidad para comprender una manera de considerar esto y la dificultad para comprender la otra, si bien una implica la otra. Cuando vemos hasta qué punto el comportamiento individual incide sobre el conjunto ambiental, tendemos a pensar que el organismo individual se encuentra irremediabilmente a la merced de las fuerzas ambientales.

Por otra parte, si la relación entre el organismo y su medio ambiente es *transaccional* esta relación no es unilateral.

Si la relación es transaccional, el organismo individual se comporta de acuerdo con su medio ambiente y el medio ambiente se comporta de acuerdo con el organismo individual, simultáneamente. Poniéndolo en términos absolutamente prácticos:

Si te metes en líos

es porque te lo estabas buscando.

Podemos decir: «Yo no sabía que lo estaba buscando, no pensé que lo estaba buscando». Y es cierto, siempre y cuando nos refiramos a nosotros mismos solamente en términos del reflector consciente que analiza la experiencia pedazo a pedazo y efectivamente piensa en ella. Pero si extendemos nuestra manera de observar las cosas hasta incluir el inconsciente, podemos encontrar motivaciones subyacentes que no parecían evidentes al principio.

Esto lo intuyeron vagamente Freud y Jung, especialmente Freud con sus ideas sobre el autocastigo, los deseos de muerte, etc. El afirmaba que cuando uno se mete en una catástrofe, es porque inconscientemente deseaba castigarse. Pero, básicamente, Freud no confiaba en el inconsciente. Por eso pensaba que el principio de realidad estaba en conflicto irreconciliable con el principio de placer y que este conflicto acabaría destruyendo la civilización humana.

En realidad, un hombre llamado Georg Groddeck fue mucho más lejos que Freud en este aspecto; en *The Book of the It* expone una extraordinaria teoría del inconsciente. A lo largo de toda la exposición muestra una total confianza en el inconsciente y su sabiduría. Este libro está escrito en forma de cartas de un duende a una niña. Tras leer este libro, un amigo al que se lo había prestado me dijo: «Ya nunca sentiré miedo de ponerme enfermo», debido a que Groddeck señalaba que la enfermedad en realidad no es un mal, sino un síntoma de que *ello*, el inconsciente, intenta curarnos* Por consiguiente, al igual que no se puede detener la fiebre con quinina debido a que esto detendría la función de la fiebre, tal vez no deberíamos detener todos los tipos de enfermedad si, por razones que aún no comprendemos, el inconsciente las está usando en forma

constructiva.

Eso era lo que buscaba Freud: la noción de que existe una inteligencia en nosotros que es mayor que la inteligencia de la consciencia y que funciona de manera inconsciente.

Observemos los términos que utilizaba. ¿Por qué Freud no decía «superconsciente»? Porque la opinión de su época insistía en que todo lo que se hallara «debajo» de la razón consciente del ser humano era algo estúpido, que la simple materia, la energía ciega, habían remplazado a Dios en el trono del paraíso. Pero Freud sabía que no podemos eliminar al inconsciente como parte de nuestro funcionamiento esencial, de nuestro ser.

Debido a que somos una parte inseparable del mundo, no podemos «repartir» la responsabilidad y decir: «Debéis agradecerme esto», «Te culpo de aquello», «Es tu culpa», etc. Los teólogos siempre dicen muchas tonterías sobre esto, sosteniendo que la dignidad del hombre depende de que cada individuo asuma su responsabilidad. Y entonces se produce inmediatamente la gran discusión para acusar a alguien de todos nuestros males.

Ahora bien, si comprendemos que somos una parte integral y funcional de todo este cosmos, el precio que debemos pagar para acabar con toda esta charla sobre la culpa es admitir nuestra complicidad en las catástrofes que nos han sucedido. Debemos ver que todo lo que viene a nosotros es un regreso de todo lo que salió de nosotros.

Nos lo habíamos buscado.

Pero no es el *consciente* el que se lo buscaba. No es esa consciencia reflector, ya que ésta no se da cuenta de la mayoría de las cosas que suceden en nuestro interior. Existen ciertas cosas, curiosas y fascinantes, que operan por debajo de la superficie de nuestra consciencia.

Podemos ganar mucho estudiando un poco de ciencia. Un curso elemental de ecología, por ejemplo. Veremos un patrón evolutivo en el que todo, de los organismos microscópicos en adelante, se integra en el conjunto de los sucesos. Lo que desde el punto de vista de un planeta es una enfermedad, es el método de reproducción de otra especie. Decimos que el mosquito anofeles transmite la malaria, pero esto se debe a que el mosquito anofeles tiene un ciclo reproductivo extraordinario que implica un parasitismo en el ser humano. Si adoptamos el punto de vista del anofeles, éste se convierte en hombre.

Si estudiamos los diferentes sistemas, encontramos que todo se halla en un constante estado de ajuste. Si examinamos el borde de una hoja en el microscopio, veríamos una agitación continua. Algunas células quieren moverse hacia fuera y, si lo hacen, la hoja empieza a desintegrarse. Pero otras células llegan y dicen: «Regresad, manteneos dentro, manteneos dentro» y las primeras replican: «No, estáis destruyendo nuestra libertad, queremos salir», y todo este clamor tiene lugar en el borde de una hoja. Pero desde nuestro punto de vista, se trata de una hoja perfectamente estable y limpia; no la observamos con suficiente proximidad.

En una ocasión vi una gran planta cubierta de pulgones; estaban hambrientos, gordos y de gran festín. Al día siguiente regresé al mismo lugar y todo lo que quedaba era un polvo gris. Se habían comido la planta y se habían desintegrado.

Agradecemos al cielo la existencia de esos pulgones; sólo se habían comido las malas hierbas y ambos son plagas. Representan el sistema de equilibrio de la naturaleza.,

Sin duda, nosotros estamos en la misma situación, sólo que tenemos una especie de visera que

no nos permite ver más que la mitad de la escena.

Pensamos que «eso» nos condiciona, pero no pensamos que lo que queríamos era que nos condicionara. Todo lo hemos provocado por el mismo hecho de estar aquí.

Los niños no piensan que son responsables de haber nacido. Les echan la culpa a sus padres, sin darse cuenta de que, en realidad, no pueden separarse de sus padres. Por ejemplo, en la medida en que tengo deseos sexuales, puedo realmente comprender la situación de mi padre y no puedo culparlo de ninguna manera, ya que en realidad yo era el brillo de su mirada cuando se acercó a mi madre. Como veis ¡me lo estaba buscando!

Ahora bien, podemos ver en esto que nuestra relación con el mundo en tanto que responsables de todo lo que nos sucede no es la relación de un patrón ordinario que pudiera ordenar que sucedieran todo tipo de cosas improbables.

Más bien es así.

Si pensamos que solamente somos la consciencia y que tenemos control sobre todo lo que nos sucede, actuamos estúpidamente, como una especie de lunático que se cree Dios.

Si, por otra parte, entendemos que nuestro verdadero ser es la sabiduría que se expresa en la forma inteligente de nuestro organismo, no caemos en el error de pensar que nuestra relación con el mundo es la de ser su gobernante.

OM

Nunca hubo un tiempo en que yo no fuera, ni tú, ni estos otros.

Ni tampoco habrá un tiempo en que dejemos de ser.

A medida que uno pasa en este cuerpo por la infancia, la juventud y la vejez, al mismo tiempo pasan otros por otros cuerpos. Esto no preocupa al sabio.

Lo que no existe nunca llegará a existir.

Lo que existe nunca dejará de ser.

Lo que penetra en todo no puede ser destruido.

Así como uno desecha la ropa vieja y se pone otra nueva así el Ser se despoja de los cuerpos viejos y asume otros que están nuevos.

Las armas no pueden dañar a este Ser, el fuego no puede quemarlo el agua no lo moja ni lo seca el viento.

Es eterno omnipresente inmutable e impasible

Es el mismo eternamente se le llama inmanifiesto, inconcebible y sin cambio.

Sabiéndolo

ya no debes respirar.

YOGA

Cuando dejas de pensar, encuentras que estás en un eterno aquí y ahora. OM.

La palabra yoga, como quizá sabéis, es lo mismo que la palabra castellana *yugo* y la palabra latina *jungere* (unir). Cuando Jesús dijo: «Mi yugo es fácil», también decía: «Mi *yoga* es fácil».

El yoga describe un estado que es exactamente el opuesto de lo que nuestros psicólogos llaman enajenación, la sensación de separación, de estar separado del ser.

Muchas personas civilizadas se sienten de hecho enajenadas, debido a que tienen una especie de atención miope enfocada en sus propias fronteras y en lo que se encuentra dentro de esas fronteras. Se identifican con el adentro, sin darse cuenta que no se puede tener un adentro sin un afuera.

Esto puede parecer una lógica extremadamente elemental. No tendríamos la sensación de ser nosotros mismos, de tener una identidad personal, sin el contraste de algo que no es nosotros, sino *otro*.

Al no damos cuenta de que el yo y el otro van unidos echamos las raíces de una enorme y terrible ansiedad provocada por la— certidumbre de lo que sucederá cuando desaparezca el adentro.

¿Qué pasará cuando el llamado *yo* llegue a su fin. como según parece lo hará?

Desde luego, si las cosas no siguieran moviéndose y cambiando, apareciendo y disolviéndose, el universo sería un aburrí-

miento colosal. Por lo tanto, tan sólo nos percatamos de que las cosas están bien por el momento.

Debemos darnos cuenta de que la sensación de que la vida es bastante aceptable resulta inconcebible e insostenible a menos que (muy en el fondo de nuestra mente) haya el atisbo de la posibilidad de que algo absoluta e inexpressablemente horrible pueda suceder. No *tiene que* suceder, porque podemos morir antes, pero siempre debe haber la vaga aprensión de que la cosa más terrible puede suceder. Esto le da gusto a la vida.

Estas observaciones están relacionadas con la concepción intelectual del yoga.

Existen ciertas formas principales de yoga con las que la mayoría de la gente está familiarizada. El hatha yoga es un sistema de ejercicios psicofísicos; es el yoga que podemos ver en la televisión debido a que tiene un valor visual.

También existe el bhakti yoga; *bhakti* significa devoción. Supongo que podríamos decir que el cristianismo es una forma de bhakti yoga, debido a que se practica mediante una extrema reverencia y amor por un ser al que consideramos más o menos fuera de nosotros mismos y que representa lo divino.

También tenemos el karma yoga. *Karma* significa acción... y, por cierto, eso es todo lo que quiere decir. No significa la ley de causa y efecto.

Cuando decimos que lo que te sucede es tu karma todo lo que queremos decir es que el karma son tus propias obras Nadie, excepto tú, está a cargo del karma.

El karma yoga es el camino de la acción, es utilizar nuestra vida diaria, nuestro oficio, o una disciplina atlética como la vela, el *surf* o el atletismo como nuestra forma de yoga, nuestra manera de descubrir quiénes somos.

En el raja yoga, el yoga real que a veces recibe el nombre de kundalini yoga, intervienen ciertos ejercicios psíquicos muy complicados relacionados con el despertar del poder de la serpiente que se supone que reside en la base de nuestra columna vertebral espiritual y se eleva a través de ciertos chakras (o centros) hasta

llegar al cerebro, (Existe un simbolismo sumamente profundo en todo esto, pero no hablaremos de ello aquí.)

Existen otros yogas y, finalmente, tenemos el mantra yoga.

El mantra yoga es la práctica de cantar o murmurar, ya sea en voz alta o en silencio, ciertos sonidos que ayudan a la contemplación, es decir a lo que en sánscrito se denomina *dhyana*.

El *dhyana* es el estado en que uno está claramente despierto y consciente del mundo tal como es, en oposición al mundo tal como lo describimos. En otras palabras, en el estado de *dhyana* se deja de pensar. Es decir, dejamos de hablar con nosotros mismos y de simbolizar para nosotros mismos lo que sucede.

Simplemente nos damos cuenta de lo que es.

Y nadie puede decir lo que es porque como alguien dijo acertadamente: «El mundo verdadero es inefable».

Por cierto, estar sentado perfectamente despierto con los ojos abiertos pero sin pensar es un estado sumamente curioso. Conocí a un profesor de matemáticas de la Universidad del Noroeste que dijo en una ocasión: «Sabéis, resulta sorprendente cuántas cosas no son lo que parecen». Se refería a los cuentos de viejas y supersticiones. Pero cuando uno practica el *dhyana*, se queda sorprendido de cuántas cosas no son lo que parecen.

Cuando dejamos de hablar con nosotros mismos y simplemente nos damos cuenta de lo que es, es decir de lo que sentimos, de las sensaciones que tenemos (incluso esto es mucho decir), súbitamente descubrimos que el pasado y el futuro han desaparecido completamente.

Y también desaparece la pretendida diferenciación entre conocedor y conocido, entre sujeto y objeto, entre persona que siente y sensación, entre pensador y pensamiento. Simplemente ya no están ahí, porque para mantener esas cosas tenemos que hablar con nosotros mismos. Son diferenciaciones puramente conceptuales; son ideas, fantasmas, espectros.

Cuando dejamos de pensar, todo eso desaparece y nos encontramos en un eterno aquí y ahora. No existe lugar alguno donde se suponga que debemos estar, no hay nada que tengamos que hacer, ningún lugar al que ir, porque para pensar debemos hacer algo: tenemos *que pensar*.

Es increíblemente importante *no pensar* al menos una vez al día, para la propia conservación de la vida intelectual. Si no hacemos otra cosa que pensar, como nos aconseja la mayoría de los profesores y gurus académicos, no tendremos nada en qué pensar, salvo pensamientos.

Uno puede convertirse fácilmente en una gran biblioteca universitaria, que a menudo es un sitio donde la gente se entierra para escribir libros sobre los libros que hay ahí. Escriben libros sobre libros sobre libros y la biblioteca se hincha como un enorme montón de levadura y eso es todo.

Es un juego muy agradable. Por ejemplo, a mí me gusta meter la nariz en antiguos textos orientales. Es divertido; es como jugar al póquer, al ajedrez o hacer matemática pura. Pero el problema reside en que nos aparta cada vez más de la vida, ya que el pensamiento está hecho de palabras sobre palabras.

Si detenemos temporariamente este proceso y eliminamos los pensamientos de nuestra mente, nos «convertimos nuevamente en niños» y obtenemos una visión directa del mundo, lo que resulta sumamente útil cuando se es adulto.

Cuando eres pequeño no puedes hacer gran cosa, pues todo el mundo te domina. Te levantan y te bajan, y no puedes hacer otra cosa que contemplar. No le puedes decir a nadie cómo es esta contemplación.

Pero cuando, en la edad adulta, recuperamos el punto de vista del bebé, llegamos a saber lo que los psicólogos infantiles siempre han querido saber:

Lo que siente un bebé.

El bebé, según Freud al menos, tiene experiencias *oceánicas*; es decir, una sensación de completa inseparabilidad de lo que sucede. El bebé es incapaz de distinguir entre el universo y sus propias acciones en el universo.

Y la mayoría de nosotros, si entráramos en ese estado de consciencia, tenderíamos a sentir mucho miedo y empezaríamos a preguntar quién es responsable. ¿Quién controla lo que sucede después? Lo preguntaríamos porque estamos acostumbrados a la idea de que el proceso de la naturaleza consiste en controladores y controlados, cosas que ejecutan la acción y cosas que la reciben. Esto es pura mitología, como podemos ver al observar el mundo sin pensar, con la mente pura y en silencio.

Existe un camino intelectual para llegar a este tipo de entendimiento; el jnana yoga es la concepción intelectual de este aspecto. A menudo, la gente me dice: «Comprendo de manera intelectual lo que usted dice, pero no puedo sentirlo en realidad, no me hago cargo» y yo replico: «Me pregunto si en realidad lo entiendes intelectualmente, pues en ese caso también lo sentirías».

El intelecto, o lo que yo prefiero llamar inteligencia, no es una especie de compartimiento estanco de la mente, que funciona completamente solo, sin tener ninguna influencia en lo que sucede en las otras esferas de nuestro ser. Todos sabemos que se puede hipnotizar con palabras. Ciertas palabras provocan inmediatamente ciertos sentimientos. Utilizando ciertas palabras es sumamente sencillo cambiar las emociones de las personas. Son hechizos.

El intelecto no es algo separado que se encuentra allá fuera. Pero la palabra *intelecto* se ha convertido en una especie de golpeteo rítmico, en una palabra que representa el «puerco-espínismo» intelectual del mundo académico. Como dijo un profesor de Harvard cuando Tim Leary hacía experimentos en esa universidad: «Ningún conocimiento es académicamente aceptable si no puede expresarse con palabras». (Pobre departamento de educación física; pobre facultad de música y bellas artes).

Uno de los más grandes intelectuales de los tiempos modernos, Ludwig Wittgenstein, al final de su obra cumbre, *Tractatus*, nos muestra que los que siempre consideramos los problemas más importantes de la vida y la filosofía, no son más que cuestiones carentes de significado.

Y que estos problemas se resuelven, no dándoles una respuesta, sino deshaciéndose del

problema, viendo intelectualmente, que carece de significado. Así nos *aliviamos* del problema. Ya no necesitamos pasarnos la noche en vela preguntándonos cuál es el significado de la vida, de qué se trata todo esto. Simplemente porque no se trata de nada. Se trata de sí mismo.

Así, Wittgenstein acaba diciendo: «De lo que no se puede hablar, es mejor guardar silencio».

Existen ciertas cosas de las que no se puede hablar.

Por ejemplo, no podemos *describir* la música. Por eso la mayoría de las reseñas de los críticos musicales que salen en los periódicos nos parecen completamente absurdas. Cuando intentan transmitir con palabras la forma de actuar de cierto artista, toman prestadas las palabras de otras formas de arte e intentan demostrar su inteligencia. Pero no hay manera de que el crítico de música pueda hacernos oír, con palabras, los sonidos del concierto.

No obstante, escribiendo ciertas instrucciones que nos dicen lo que debemos hacer, podemos reproducir esos sonidos. La notación musical es esencialmente una serie de instrucciones (como «trace un círculo» o «tíndale una perpendicular»). Y así, si se siguen las instrucciones, se pueden comprender las cosas imposibles de describir. Eso es lo que hace el yoga.

Todos los escritos místicos son, en realidad, instrucciones. No se trata de intentos de describir al universo, de describir a Dios, de describir la realidad absoluta. Todo místico sabe que eso es imposible. La misma palabra *misticismo* proviene de la palabra griega *myein* que significa guardar silencio.

Guardemos silencio y miremos; entonces comprenderemos, porque las instrucciones dicen que hay que escuchar y observar. Detenerse, observar y escuchar (y ver lo que sucede), eso es yoga. Tan sólo no digas, no digas... o lo echarás todo a perder.

En una ocasión, alguien dijo a un maestro Zen: «Las montañas, las colinas y el cielo, ¿no son el cuerpo de Buda?»

Y el maestro respondió: «Sí, pero es una pena decirlo».

Un nuevo sucesor de Wittgenstein, un inglés llamado Spencer Brown, ha escrito un libro, *Laws of Form*, que permite a las personas de orientación matemática pasar por un proceso intelectual muy similar al jnána yoga. Brown empieza proponiendo al lector que trace una distinción, la que quiera, entre algo y nada, entre adentro y afuera, o lo que sea. Luego nos conduce a través de un razonamiento que demuestra que, una vez que se ha dado ese paso, todas las leyes de la matemática, la física, la biología y la electrónica se siguen inexorablemente, y las extrae. Nos muestra cómo circuitos electrónicos inmensamente complicados son la consecuencia necesaria de haber trazado una distinción. Una vez que se ha hecho esto, el universo tal y como lo conocemos resulta inevitable. Después nos dice que no nos ha dicho nada que no supiéramos de antemano. A cada paso, cuando uno ve que una de sus pruebas (o teoremas) era correcta, se dice: «Oh, por supuesto», porque ya lo sabía.

Al final del libro, cuando nos ha mostrado, por decirlo así, la naturaleza de nuestra propia mente, plantea la cuestión: «¿Era realmente necesario hacer este viaje?»

Así que luego vuelve a empezar con el tema y dice: «Ya veis lo que ha sucedido a través de todo este proceso matemático, y también en el curso de nuestras complicadas vidas, en el que hemos intentado descubrir algo: El universo ha dado una vuelta».

Ese es el significado del universo. Ha dado una vuelta sobre sí mismo. Para mirarse a sí

mismo.

Ahora bien, cuando algo se mira a sí mismo, se escapa de sí mismo. Como la serpiente que se muerde la cola o el perro que persigue la suya, alcanza parte de ella, pero no la alcanza *toda*.

Y así Brown hace esta observación extraordinaria: «Naturalmente, a medida que nuestros telescopios se hagan más potentes, el universo deberá expandirse, a fin de escapar de ellos».

Podemos decir que esto es un nuevo disfraz del idealismo subjetivo, que es Berkeley diciendo una vez más que creamos el universo a partir de nuestra mente. Bueno, desgraciadamente es verdad. Si decimos que la mente es el cerebro, el cerebro físico, el sistema nervioso físico, veremos que Karl Pribram, de la Universidad de Stanford, dice lo mismo en términos neurológicos. Es la estructura de nuestro sistema nervioso la que hace que veamos el mundo como lo vemos. Quizá se prefiera leer el libro de J. Z. Young, *Doubt and Certainty in Science*, donde se explica todo esto con un lenguaje más nuevo y científicamente más respetable. Pero es lo mismo.

Eso es yoga. El yoga, la unión, significa que *tú* lo haces.

En cierta forma, tú eres Dios. Tú lo haces.

Muchos maestros y gurus espirituales dicen a sus discípulos: «Me he dado cuenta de que soy Dios. ¿Lo veis?». Pero lo importante es que *tú* lo eres.

Que yo sea Dios o no, no tiene ninguna importancia para ti. Puedo decirte que me he dado cuenta o ponerme un turbante y una túnica amarilla y decirte: «Yo soy un guru y tú necesitas la gracia del guru para comprender», lo que sería una tremenda mentira. Sería como robarte el reloj y después vendértelo.

Lo importante es que *tú* eres.

Ahora bien, ¿qué decimos cuando decimos esto? Por cierto, algo muy importante.

Desgraciadamente, no hay manera de definirlo, de describirlo con palabras. Cuando un filósofo oye decir que «Tú eres eso» o «No hay más que un eterno ahora», tiende a decir: «Bueno, no sé por qué os entusiasma tanto eso. ¿Qué queréis decir con ello?» Y lo dice porque quiere continuar con el juego de las palabras, no entrar en una dimensión experimental. Quiere seguir discutiendo porque ese es su rollo.

Las palabras tienen significado porque son símbolos, porque señalan algo diferente de sí mismas. Pero todos los grandes enunciados místicos no tienen significado alguno porque son absolutos, exactamente como las nubes y las montañas y las estrellas carecen de *significado* porque no son *palabras*._{r-}

^ Las estrellas y las nubes son como la música. (Solamente la mala música tiene significado; la música clásica nunca tiene significado. Para entenderla simplemente hay que escucharla, observar sus hermosas formas y entrar en sus complejidades.

Así, cuando nuestra mente (es decir, nuestros sistemas verbales) llega al final de sus posibilidades, cuando llega al enunciado

vacío, llegamos al punto crítico. El método del jnana yoga consiste en ejercitar nuestro intelecto hasta sus límites, hasta llegar al punto en que ya no tenemos ninguna pregunta por hacer.

Esto puede hacerse al estudiar filosofía si se tiene el maestro adecuado, que muestre que todas las opiniones filosóficas son falsas... o al menos, sumamente parciales. Podemos ver cómo el nominalismo invalida al realismo. Cómo el determinismo invalida al voluntarismo. Cómo el

conductismo invalida al vitalismo. Cómo el positivismo lógico invalida a... ¡todo el mundo! Y luego viene alguien a decir que en el positivismo lógico hay una metafísica implícita, lo que es cierto. Así que nos metemos en un tremendo lío y ya no podemos creer en nada.

Si se emprende seriamente el estudio de la teología y la religión comparada puede suceder exactamente lo mismo. Ya ni siquiera se puede ser ateo. Hasta eso resulta ser una postura puramente mitológica y sentimos una especie de vértigo intelectual que describe así un poema del budismo zen:

«Sin una sola teja para cubrirse la cabeza, sin un centímetro de suelo para ponerse de pie».

Entonces, ¿en dónde estamos? Bueno, estamos donde siempre hemos estado.

Hemos descubierto que somos ESO.

Y resulta muy incómodo porque ESO no se puede coger.

Hemos descubierto que seamos lo que seamos (y no es algo que tengamos dentro de la cabeza, pues se encuentra tanto dentro como fuera), no podemos echarle mano. Bueno, eso nos da escalofríos, se nos hace un nudo en el estómago, nos dan traumas de angustia y todo tipo de cosas.

Pero todo esto lo explica Shankara, el gran comentador hindú de los Upanishads, el gran maestro de la doctrina no dualista del universo, cuando dice: «Aquel que conoce, que es el conocedor en todos los seres, nunca es el objeto de su propio conocimiento».

A cualquiera que esté en busca de la onda suprema, de la gran experiencia, de la visión de Dios, de la liberación (como

queráis llamarlo) y piense que él no es ESO, cualquier viejo guru puede venderle un método para descubrirlo. Y quizás el guru no haga mal al hacerlo, ya que como dice Blake: «Un loco que persiste en su locura se hace sabio» y un buen guru es una persona que te sigue la corriente.

«Ven, hijito, ven... tengo algo muy bueno para venderte, pero espera; aún debes pasar por muchas etapas.»

Y decimos: (jadeantes) «¿Puedo llegar a eso? Oh, quiero llegar a eso». Y durante todo el tiempo ESO eres tú.

El otro día estaba hablando con un maestro zen que me dijo: «Serás mi discípulo».

Yo le miré y le dije: «¿Quién fue el maestro de Buda?»

Durante un momento me miró de una manera muy rara y luego soltó una carcajada y me dio un puñado de trébol.

Como podemos ver, mientras estemos persuadidos de que existe algo más de lo que somos y que debemos ser ese algo más, nos separamos de la realidad, del universo, de Dios, como quiera que lo llamemos.

Y veremos una y otra vez, si nos interesamos en este tipo de cosas, que en psicoanálisis, en terapia gúestáltica, en entrenamiento de la sensibilidad, en cualquier tipo de yoga o lo que sea, siempre habrá esa sensación tan peculiar de voracidad espiritual que puede ser estimulada por alguien que nos diga: «Bueno, todavía hay etapas superiores para ti. Deberías ir a ver a mi guru».

Podemos decir que para realizarnos verdaderamente hay que llegar al punto en donde ya no se busca. Entonces, empezamos a pensar: «Bueno, ahora seré alguien que no busco».

Esto equivale a convertirse en alguien espiritualmente no espiritual. Es lo que en Zen se llama «una serpiente con patas». No tiene importancia. No necesitas no buscar. No necesitas nada.

Un erudito budista llamado Nagarjuna, que vivió cerca del año 200 de nuestra era, inventó toda una dialéctica y fundó una escuela en la que el «líder» de los estudiantes simplemente destruía todas sus ideas, aboliendo absolutamente todas sus nociones filosóficas. Y a los estudiantes les daba escalofríos y veían

que al líder no le pasaba nada, que parecía tan tranquilo sin tener á un punto de vista en particular. «Maestro, ¿cómo puedes soportarlo? Necesitamos tener algo en qué basarnos.» Y la respuesta del maestro fue: «¿Quién necesita? ¿Quiénes sois?»

Desde luego, a la larga descubrían que no era necesario besarse en nada, confiar en nada. No hay nada en qué confiar, ya sí que nosotros somos ESO. Es como preguntar: «¿Dónde está el universo?»

¿En qué lugar del espacio está el universo? Todo en él está cayendo con todo lo demás, pero debajo no hay suelo donde la cosa pueda estrellarse, porque el espacio sigue y sigue siempre y no tiene fin.

¿Qué es eso? ¿Qué otra cosa podría ser?

Por supuesto, eres tú.

Sólo que el universo está deliciosamente arreglado de manera que pueda mirarse a sí mismo, para no ser parcial y prejuicioso, desde un número incontable de puntos de vista.

Ahora bien, si entendéis lo que estoy diciendo con vuestra inteligencia, pero no lo sentís, debo preguntaros por qué queréis sentirlo. Podéis decir: «Quiero algo más», pero una vez más, esto es voracidad espiritual y solamente decís eso porque no lo habéis comprendido.

No hay nada que perseguir porque nosotros somos ESO. Para decirla en términos cristianos o judíos, si no sabemos que somos Dios desde el principio, lo que sucede es que intentamos convertirnos en Dios a la fuerza. Y empezamos por hacemos violentos y estrepitosos.

Toda nuestra violencia, toda nuestra competitividad. toda nuestra terrible ansiedad por sobrevivir se deben a que no sabíamos desde el principio que éramos ESO.

Si lo hubiésemos sabido desde el principio, dirían algunos, nada habría sucedido.

Pero sucedió, ¿no es así?

Dejadme deciros que si por casualidad descubris quiénes sois en realidad, en lugar de volveros perezosos, empezaréis a reír, y la risa conduce a la danza y la danza conduce a la música y para variar un poco, podemos jugar entre nosotros.

SI

OM

El Conocedor el Ser Central no ha nacido y no muere.

No ha sido producido por riada y nada produce aparte de sí mismo.

No ha nacido, es eterno, resistente, primordial. No se lo puede matar matando al cuerpo.

Si quien mata piensa que lo ha muerto O la víctima piensa que la matan Ninguno de los dos entiende.

Eso no mata ni es posible darle muerte.

Más pequeño que lo pequeño

Más grande que lo grande
Es el ser que se halla en el corazón de todo ser.

EL PAISAJE, EL SONIDO Y EL CAMINO DE LA CORRIENTE

Debemos ser muy sensibles para *descubrir la línea de menor resistencia*, el camino de la corriente. Cuando lo hemos logrado, podemos fluir. OM.

Durante milenios, la pintura y la escultura sirvieron principalmente a fines religiosos. En realidad no existía lo que actualmente llamamos bellas artes. Todo el arte era iconográfico y funcional y servía para la contemplación, los rituales o la magia. En un museo dedicado al arte antiguo (o, de hecho, a cualquier arte anterior al Renacimiento) casi todas las piezas en exhibición tienen una función religiosa o mágica. Este arte consiste principalmente en efigies de figuras humanas o de animales divinos.

En pintura, desde luego, no podemos ver una figura sin un fondo. (Por cierto, esto también sucede con la escultura, pero en nuestra cultura consideramos que el fondo en escultura carece de importancia, porque es algo que no fue creado por el artista.) Cuando se pinta, especialmente al pintar sobre una superficie rectangular y no en una cuya forma haga coincidir el perfil de la figura y el marco, hay que pintar algún tipo de fondo.

Los antiguos iconos griegos o rusos tienen el fondo de oro macizo, a menudo incrustado con joyas. Pero con el tiempo, los pintores empezaron a poner paisajes en el fondo de sus obras, porque así vemos a la gente; tenemos que verla *contra* algo.

En su momento, los pintores occidentales empezaron a quedar fascinados con el fondo. De hecho, dijeron a la figura: «Vete», y así nació la pintura de paisajes. La gente, al ver esos paisajes a los que no estaba acostumbrada, decía: «Bueno, ese no es el tipo de pintura que me gusta».

Pero con el tiempo se acostumbraron. Actualmente, de hecho, la gente está tan acostumbrada al paisaje que en todos los parques nacionales hay un lugar llamado Punto de Inspiración desde donde se puede contemplar una hermosa vista. Los turistas vienen desde muy lejos para verla y dicen: «Vaya, si parece un cuadro».

Ha pasado algo sumamente misterioso. ¿Qué hizo que los pintores se interesaran en las montañas, los árboles, las nubes y los ríos? ¿Por qué empezaron a ver que eran hermosos? ¿Por qué empezaron a pensar que valía la pena copiar esas cosas?

Súbitamente, los pintores se enamoraron de las cosas asimétricas. A pesar de ser curvadas, las figuras humanas y animales son más o menos simétricas. Parece como si nos hubieran doblado por la mitad; tenemos un ojo de cada lado, dos orejas, dos brazos, dos piernas y tenemos una apariencia bastante simétrica. Pero las nubes no. Lo asimétrico tiene un aire de libertad.

También hay otra cosa. Nos preocupamos mucho por nuestro comportamiento. Hablamos de buen comportamiento y mal comportamiento, de comportamiento cuerdo y comportamiento loco, de comportamiento artificial y comportamiento natural; nos preocupamos mucho de estas cosas.

Pero el pintor no se preocupa por el comportamiento de las nubes, o del agua de lluvia o de las rocas. Resultaría absurdo acusar a una ola de haber cometido un error de estética. Creo que nadie

nunca ha hecho una objeción a una nube mal formada. Y solamente una vez en la historia alguien se quejó de las estrellas. Un francés, en el siglo XVIII, criticó al Señor por no haber dispuesto las estrellas en hermosas formas geométricas que fuesen edificantes para el intelecto, en lugar de esparcirlas por el cielo. En esa época se hacían jardines formales, podando los árboles y arbustos para darles forma de aves y animales, y trazando los senderos y macizos en formas geométricas precisas.

Si volamos a través de los Estados Unidos de San Francisco a Nueva York, lo primero que encontramos es una larga extensión de país montañoso donde los hombres deben ponerse forzosamente de acuerdo con la naturaleza.

En general, todas las carreteras tienen muchas curvas, pues deben atravesar valles montañosos. Hay ríos serpenteantes y fabulosas corrientes que, curiosamente, tienen forma de árbol. (Realmente resulta fascinante que los ríos y los árboles tengan la misma forma. El fluir de la savia en el árbol y el fluir del agua en el río son análogos al fluir de la vida.)

Las formaciones que se ven a medida que se vuela hacia el este, tienen un carácter de torrente. Todas son curvadas, al igual que las carreteras tienen muchas curvas hasta llegar a Denver. Después de Denver, donde el terreno es plano, todo sigue líneas rectas. Todo son rectángulos, euclidianos, trazados por los humanos. El terreno refleja nuestra pasión, incluso nuestra compulsión, por enderezar las cosas.

Decimos: «Vamos a enderezar las cosas».

¿Por qué?

¿No sería más divertido hacer las cosas más curvas, en lugar de enderezarlas?

Por ejemplo, el movimiento fundamental de la danza consiste en mover las caderas independientemente de los hombros. Sí se observa a danzarines hindúes, sus brazos van al ritmo de caderas y hombros, de manera que parece como si estuviesen en el agua. Parecen plantas acuáticas moviéndose en la corriente y muchos de nosotros pensamos que es muy hermoso. Un comportamiento humano verdaderamente ondulante.

Esto nos lleva otra vez al agua. Todas las cosas que emergen en el espacio tienen un carácter de torrente de agua.

Si se estudia el fluir del agua, se llega al verdadero fundamento de la naturaleza. Lao-tse señalaba, un poco antes del año 500 a. de C., que el curso de la naturaleza, el *too*, es como el agua. Siendo extremadamente suave, el agua vence a todas las

cosas duras; al ser *débil* es fuerte; siempre busca el nivel más *bajo*, *el camino de menor resistencia*.

A los occidentales nos han enseñado que ir con, a naturaleza, *seguir la línea de menor resistencia*, es indigno del hombre, pusilánime, un acto de *debilidad y algo totalmente incorrecto*. Todos *hemos sido educados para ser enérgicos y agresivos*, para emplear la fuerza. Los niños que no demuestran fuerza son considerados por sus maestros como, al menos, ligeramente defectuosos. *Esto constituye una gran equivocación*.

Al *pensar en los asuntos humanos*, siempre hay que poner en cuestión *el sentido común*. Es la parte más creativa de la filosofía. *Hay que tomar las ideas que se aceptan por lo común y que parecen incontrovertibles*, y cuestionarlas. Debemos invertirlas y ver *lo que sucedería si*

pensáramos en ellas de otra manera.

Por *ejemplo*, *todo el mundo* supone automáticamente que el *presente* es resultado del pasado. Invirtamos esta proposición y consideremos si *no es posible* que el pasado sea resultado del presente. Tal vez el pasado se extienda hacia atrás desde el presente, como un país visto desde un aeroplano.

Visto de esa manera cobra sentido. Al igual que la cola no *menea* al perro, *el pasado no causa el presente...* a menos que insistamos en *ello*.

En realidad, *todo el universo* surge del presente. Todo empieza ahora. En este momento estamos presentes en el principio de la creación y el pasado es simplemente un eco que regresa a través de los corredores de nuestra mente.

El pasado, de hecho, es presente.

El universo es una vibración.

Nos parece tranquilo y sólido como una roca. En condiciones *normales* no nos damos cuenta de que la roca es una vibración extremadamente rápida, tan rápida que no podemos ver los intervalos entre *las* vibraciones.

En realidad, todo se prende y se apaga; es un espectáculo *electrónico*. El mundo llega a nosotros como una película. Todo viene *del* espacio. Vemos las estrellas vibrando en el espacio; si *no* hubiese espacio, no podría haber estrellas o galaxias.

Ahora podemos ver que algo sale de la nada.

Es perfectamente obvio que nada es la raíz de algo. No se puede tener algo sin nada. No se puede tener la figura sin el fondo.

Lo hueco y lo sólido llegan juntos al ser.

Lao-tsé dice: «El ser y el no ser uno al otro se engendran». Los principios yin y yang se crean mutuamente. Se les compara con el lado norte y el lado sur de una montaña; en el lado norte hay sombra, en el lado sur brilla el sol. Obviamente, no puede haber una montaña con un solo lado.

Los seres humanos que no perciben este principio siempre intentan tener el yang sin el yin. Quieren la luz sin la oscuridad, el bien sin el mal* lo placentero sin lo doloroso, el algo sin la nada, la vida sin la muerte. Por supuesto, esto resulta profundamente ilógico.

Toda esta cuestión del yang y el yin tiene dentro de sí una *forma*, y esta forma se revela en el fluir del agua y su comportamiento. Los artistas han intentado copiarlo porque en el agua se muestra que el *tao*, el curso de la naturaleza, jamás comete un error de estética.

Aquel que se quejó a Dios porque las estrellas no estaban bien arregladas, carecía de una perspectiva adecuada de la galaxia. Nos encontramos dentro de la galaxia y desde cerca parece como si las estrellas estuvieran esparcidas al azar. Pero si nos alejáramos a gran distancia, veríamos que esta galaxia está hermosamente formada por una doble hélice. Muchas otras galaxias también son magníficas hélices dobles, aunque tienen diferentes formas. En una doble hélice, los dos elementos que la forman hacen una espiral, persiguiéndose mutuamente. Y la una no se conoce a sí misma más que en función de la otra.

No podríamos percibir la sensación del ser a menos que, al mismo tiempo, percibiéramos la sensación de algo más. No podemos ver la figura sin el fondo.

Ahora bien, si no puede haber ser sin otro, yang sin yin, frente sin atrás o conocimiento de la acción voluntaria sin la experiencia de lo que sucede involuntariamente, entonces debe

haber una conspiración. En otras palabras, hay dos que *parecen* ser diferentes, aunque esotérica y secretamente son lo mismo.

Cuando llegamos a saber eso, topamos con un problema. Por eso se puede decir que iluminarse, en el sentido budista de la palabra, es una especie de calamidad. Nos damos cuenta de la trampa que nos hacíamos a nosotros mismos. Descubrimos que el universo es un sistema que se acerca sigilosamente a sí mismo, desde atrás, grita: «¡Buuu!» y después se ríe de haberse sobresaltado.

El universo es un arreglo que se sorprende a sí mismo para evitar la monotonía y el aburrimiento de saberlo todo de antemano. Y vosotros y yo hemos conspirado con nosotros mismos para fingir que, en realidad, no somos Dios.

Pero desde luego que lo somos.

Todos somos aperturas a través de las cuales el universo se hura.

Quizá debido a que los artistas empezaron a tener un atisbo de esto, en cierto momento de la historia de la pintura empezaron a cansarse de copiar gente, árboles, nubes y agua, y a preguntarse por qué *ellos* no podían crear obras de la naturaleza.

Y así lo hicieron.

Al dejar caer gotas de pintura sobre la tela, Jackson Pollock en realidad deja que este aspecto de la corriente de agua se produzca sin copiar nada en absoluto. El artista debe estar en un estado especial para hacerlo, ya que existe algo fundamentalmente diferente entre el buen arte abstracto y los meros revoltijos.

Mucha gente pensó que cualquier niño podía hacer pintura abstracta, así que se pusieron a hacer cuadros abstractos que no interesaban a nadie porque simplemente eran horribles. Y algunos cogían máquinas de escribir, les daban unos cuantos martillazos, las montaban sobre bases de nogal y las llamaban «Opus 14» o algo por el estilo. Pero este arte no era más que una falsificación.

Pero era obvio que Pollock y muchos otros artistas abstractos no hacían falsificaciones, aunque fuera imposible explicar por qué.

De la misma manera, resulta imposible explicar por qué las formas del agua, las nubes o las montañas son hermosas.

Un profesor de un curso de estética puede trazar una serie de triángulos sobre un cuadro y llamar la atención de sus alumnos sobre las formas que atraen al ojo, pero eso no es más que geometría, y es una absoluta estupidez sostener que la belleza reside solamente en la geometría. Nadie sabe o puede decir por qué una montaña es hermosa. En las escuelas de arte, donde intentan enseñarnos a hacer cosas bonitas, finalmente descubren que la belleza no se puede enseñar. Si se pudiera enseñar, tendríamos miles de Rembrandts y Picassos que saldrían de las escuelas de arte y la gente diría: «Esto ya está muy visto, hay que hacer algo nuevo».

De la misma manera, la música no se puede enseñar. Lo que podemos enseñar es cómo tocar un instrumento, cómo escribir las notas. Podemos copiar a los grandes maestros, pero aun así sólo estaremos copiando. Cuando Bach escribía música, lo que hacía era inventar las leyes de la

armonía. Ahora todo el mundo estudia a Bach para descubrir las leyes de la armonía.

Asimismo, el lenguaje viene antes que la gramática. Los niños aprenden el lenguaje de oído y, al ir a la escuela, les sorprende y horroriza descubrir que ese lenguaje tiene una gramática. Muchos pueblos del mundo no sabían que tenían gramática, hasta que se los dijo algún antropólogo, tras haber descubierto las reglas de sus lenguas «primitivas».

Así pues, el artista no sabe lo que constituye la belleza exactamente por la misma razón que no podemos ver nuestra propia cabeza e ignoramos cómo funciona nuestro cerebro. Incluso los más grandes neurólogos no saben cómo funciona el cerebro y son los primeros en admitirlo. No saben cómo nos las arreglamos para ser conscientes, cómo tomamos decisiones; simplemente lo hacemos, de la misma manera que movemos los dedos sin saber nada de fisiología. También, de forma similar, el artista se las arregla para crear la belleza.

Por consiguiente, podemos suponer que algún día, cuando las masas lleguen a comprender la pintura espontánea, la gente caminará por las calles de la ciudad, se detendrá frente a muros sucios cubiertos de carteles arrancados, suciedad de pájaros y raspaduras, y dirá: «¡Vaya, si parece un cuadro!»

Echemos un vistazo a la música occidental. Consideremos la clase de ritual que es un concierto occidental. Hay damas y caballeros vestidos de color oscuro y sentados en un gran semicírculo; el director llega en medio de un tremendo alboroto, hay saludos y gestos dirigidos a la orquesta; de repente, ya está listo para empezar. Y entonces se inicia *algo*. Puede ser un tiempo de 4/4 o de 6/8, pero siempre habrá un ritmo regular. Aunque quizá sea una pieza sentimental y melódica, para el oído oriental parecerá una marcha militar. Y todo es *muy* serio. Los músicos hacen *algo* que se supone que debemos escuchar y hay que suprimir todos los otros sonidos. Los miembros de la orquesta no intercambian sonrisas, como sucede en las orquestas hindúes. El auditorio debe guardar silencio, no toser, no sonarse la nariz, ni mover los pies, porque ahí está ese *algo* que debemos escuchar.

Lo mismo sucede en los estudios de radio y televisión, donde hacen cosas increíbles para fingir que no están en la radio o en la televisión. Rodeado de paredes insonorizadas, alguien cuenta con un reloj y dice «Listos» y todo el mundo debe guardar silencio. Luego señala al locutor principal y dice «En el aire». Sería un terrible paso en falso dejar que algún sonido extraño se colara en un programa. Pero cuando uno escucha la radio o ve la televisión, también puede estar oyendo crepitar el fuego, un camión que pasa por la calle o a alguien que escribe a máquina. Entonces ¿por qué tanta preocupación por eliminar el ruido?

John Cage, un músico sumamente competente y gran amigo mío, es un gran excéntrico. Primero hizo la prueba de abrir el piano y colocar broches para papeles, clavos y tuercas en las cuerdas, de manera que hicieran ruidos muy extraños.

Luego tocó piezas normales con lo que él denominaba «su piano preparado».

Después decidió colocar una hilera de doce radios, cada una provista de un operador; estos debían abrir y cerrar la radio siguiendo una serie de intervalos derivados del *I Ching*. Como todas las radios estaban sintonizadas en estaciones diferentes, se producía el efecto de una extraordinaria batalla.

Después grabó todo tipo de ruidos: tráfico, gente, aeropuertos, etc., y los tocó todos al mismo

tiempo.

En otra ocasión, grabó gran cantidad de ruidos diferentes y tocó la cinta en una galería de arte donde había mucha gente; grabó también eso, el ruido que hizo el público como reacción a todo el ruido que él les había preparado. Les hizo oír esa grabación, volvió a grabar su reacción y volvió a tocársela.

Luego tuvo una idea verdaderamente sorprendente. Dio un concierto formal en uno de los mayores auditorios de la ciudad de Nueva York. Cage subió al escenario vestido de frac y corbata blanca, acompañado de un ayudante para que pasara las páginas de la partitura sobre el piano de cola. Todo estaba arreglado de manera muy formal. Pero la partitura consistía solamente en silencios. Tenía una clave y dobles barras de repetición que habían necesario volver la página. Cage se sentó al piano y esperó el tiempo correspondiente, mientras el ayudante daba vuelta a las páginas y el auditorio empezaba a reír entre dientes, a moverse, a toser y estornudar. La finalidad de la actuación era que el público se escuchara a sí mismo. Cage no lo explicó, pero en el auditorio se rumoreaba que así era.

Lo que intentaba era llamar la atención hacia el paisaje sonoro. Al igual que el paisaje visual es el fondo natural de las personas, los edificios, etc., el fondo de la música es el paisaje sonoro, el susurro constante que hay en todas partes.

Esto tiene cierta importancia y, para comprenderla, debemos acudir a la filosofía china.

Los chinos desarrollaron el paisaje mucho antes que nosotros. Desde el siglo VII a. de C. ya había paisajistas en China. Cuando aparecieron las figuras humanas en el paisaje, eran muy pequeñas, ya que los chinos siempre veían a los humanos dentro del contexto de la naturaleza. No veían al organismo fuera de su medio ambiente. También tenían un concepto diferente de la perspectiva. Según nuestra convención de la perspectiva, *las figuras se hacen más pequeñas al alejarse del punto de observación (y, presumiblemente, menos importantes)*. Muchas personas que no pertenecen a nuestra cultura, al ver un dibujo en perspectiva, no lo entienden. Señalan que ese árbol que está a lo lejos no es tan pequeño en relación con algo que está en primer plano; simplemente, no lo ven como nosotros.

En una ocasión, un soldado que visitó a Picasso durante la liberación de Francia le dijo que no podía comprender sus cuadros.

—¿Por qué pinta a las personas de frente y de perfil al mismo tiempo?

Picasso preguntó:

—¿Usted tiene novia?

—Sí —replicó el soldado.

—¿Tiene una fotografía de ella?

El soldado sacó de su cartera una fotografía de la chica.

Picasso la miró con fingido asombro y preguntó:

—¿En realidad es tan pequeña?

Lo que pensamos del arte y de la vida depende en gran parte de la convención. Pero debemos tener cuidado de la falsa espontaneidad, de ir simplemente en contra de la convención. Ese no es el camino de la corriente del agua. Esa no es la línea de menor resistencia.

Debemos ser muy sensibles para descubrir cuál es esa línea. Cuando la descubrimos entonces

somos capaces de fluir.

¿Quién hace que la mente tome consciencia de los objetos? ¿Por orden de quién se mueve la vida por vez primera?

¿Por voluntad de quién se expresa el habla?

¿Y qué dios da su poder al ojo y al oído?

Es la escucha del oído la consciencia de la mente el sonido mismo de la palabra la vida del aliento y la vista del ojo.

Por consiguiente, los sabios, al entregarse,
van más allá de este mundo y son inmortales.

Pero ESO está más allá del alcance de la vista, el habla y el pensamiento.

Y nosotros no sabemos ni entendemos cómo se lo puede enseñar.

ESO es otra cosa que lo conocido y está más allá de lo desconocido.

Así lo han dicho los sabios.

ESO es algo de lo que no se puede hablar pero que hace que hablemos.

ESO es algo que no se puede pensar pero que hace que pensemos.

ESO es algo que no se puede ver pero que hace que veamos.

ESO es algo que no se puede escuchar pero que hace que escuchemos.

ESO es el aliento que no se puede retener pero mediante el cual respiramos.

ESO es conocido de aquellos que no saben; para los que saben, es desconocido.

ESO no es entendido por quienes lo entienden; ESO es entendido por quienes no lo entienden.

LOS LIMITES DEL LENGUAJE

Cada visión que tenemos del mundo no es más que una manera de ver las cosas. Y existen infinitas maneras de ver. OM.

Cuando pensamos que entendemos algo, la mayoría de nosotros queremos decir que hemos logrado traducirlo a palabras.

No obstante, entendemos un enorme número de cosas que no sabemos expresar con palabras. Entendemos cómo respiramos, por ejemplo, pero no somos capaces de decirlo con palabras.

De alguna manera hemos llegado a un estado mental en el que, a menos que expresemos las cosas en palabras (especialmente el tipo de cosas de las que he estado hablando), pensamos que no las comprendemos.

Existen modos de vida enteros que no pueden entrar dentro de los esquemas que consideramos sensatos o académicamente respetables. Esto incluye el modo de vida de las plantas. Decimos que una persona cuya mente y cuerpo apenas funcionan se ha convertido en un mero vegetal. Esto es un insulto para los vegetales. Ningún vegetal es un *mero* vegetal.

Mientras más sabemos de botánica y más empleamos la imaginación para intentar ponernos en la situación de una rosa, más nos damos cuenta de que esa es una forma de vida muy importante.

Emerson escribió lo siguiente en un famoso pasaje: «A las rosas que hay bajo mi ventana no les preocupa si son mejores que las rosas anteriores ni si las rosas que vendrán después serán mejor que ellas. La rosa simplemente existe; existe con Dios hoy día. Pero los seres humanos, ignorantes de las riquezas que les rodean, siempre están listos para prever un futuro, y no saben vivir completamente aquí y ahora.

Ese es el punto principal que no alcanzamos a ver en ciertas culturas y ciertas otras especies. Gran parte de la contribución de las culturas africanas a la nuestra, especialmente en el mundo de la música, están relacionadas con estar vivo aquí y ahora, en lugar de hacer planes para otro momento.

Decimos que otras culturas son primitivas porque no siguen el plan de funcionamiento cultural que tenemos nosotros para el futuro. A menudo, se trataba de pueblos que eran felices de vivir en su lugar de origen, pero nosotros hemos llegado haciendo alboroto e interfiriendo con su manera de vivir y les decimos que, como no se interesan en el «progreso», no son verdaderamente cultos. Hemos buscado la confirmación de esto en el hecho de que estos pueblos vivían en un mundo sin historia.

No obstante se dice: «Felices los pueblos que no tienen historia». Después de todo, ¿en qué consiste la historia? Es una serie de juegos de poder, de conquistas, de batallas, de disturbios, de gente que sólo piensa en sí misma.

Por cierto, la cultura existe muy independientemente de la historia. En una cultura sin historia, la mayor atención se pone en ir *completamente unido* a las cosas que se repiten de ordinario y que tienen lugar día tras día: actos como cocinar, cultivar la tierra, cazar y hacer el amor. Estas cosas

reciben la mayor atención y, a consecuencia de ello, se transforman en bellas artes.

Esta manera de vivir sin historia es algo que debemos aprender a apreciar en Occidente.

¿Os dais cuenta cómo queda afectada nuestra consciencia por el hecho de estar constantemente expuesta a lo que llamamos noticias? Leemos los diarios, oímos las noticias en la radio y *recibimos* la impresión de que el mundo es una especie de carrera. Hay ese algo que sucede y al que llamamos historia; los periódicos nos hablan de ella. Oímos horrores, injusticias, de sastres, juegos políticos (todas esas terroríficas noticias) y nuestras glándulas reaccionan ante ellas segregando adrenalina, preparándose para combatir la perversidad y la injusticia, y no podemos hacer absolutamente nada al respecto.

Sólo las personas más influyentes, tras leer en el diario que ha sucedido algo horrible, pueden coger el teléfono para llamar a un amigo y decirle: «¿Qué diablos estás haciendo?» y corregir un poco la situación. Una persona ordinaria que desee llamar a un senador, al presidente, al presidente del Tribunal Supremo, ni siquiera podrá ponerse en contacto con ellos; sólo tendrá esta furia adrenalínica en su interior sin ninguna posibilidad de disiparla.

Nos hallamos en medio de un sistema de comunicación que no funciona. Es decir, toda la radio, la televisión, los diarios, etc. (toda la información que recibe todo el mundo) en realidad es inútil porque

no hay nada que podamos hacer al respecto.

Además, existe una enorme diferencia entre el mundo tal y como es, y el mundo tal como lo describimos. Suponemos que el mundo de la televisión, los periódicos, las películas, los libros, las revistas, *Time*, *Newsweek*, representa lo que sucede en realidad, ya que nos hemos aclimatado a la cultura literaria de un estado industrial occidental.

Pero no es así.

Al igual que la opinión que uno tiene de sí mismo no es lo que uno es en realidad, las noticias no son lo que está sucediendo. Se trata de una visión particularmente deformada de lo que sucede, la expresión del limitado intelecto de los políticos y los reporteros.

Lo que en realidad sucede en el mundo es muy, muy diferente. Cada visión que tenemos del mundo y cada selección de lo que es importante que hacemos, es simplemente una manera de ver las cosas y existen infinitas maneras de ver.

Los grandes artistas lo han demostrado al enseñarnos a ver. Anteriormente hablamos de la progresión de pintura figurativa a pintura no figurativa, pasando por el paisajismo. Quedaríamos atónitos si pudiéramos poner en la actitud mental de un erudito europeo del siglo XIV que atravesara los Alpes. Podemos, imaginamos que esa persona se daría cuenta de que las montañas eran absolutamente magníficas, pero el erudito las veía solamente como una amenaza y un obstáculo que debía vencer. No veía nada bello en todo eso, hasta que los artistas se lo mostraron.

Al considerar estas cosas nos damos cuenta de la medida en que nuestro conocimiento del mundo es un conocimiento convencional. Ponemos atención en una selección de cosas particulares que, a través de un lavado de cerebro, hemos aprendido a notar y menospreciamos el resto.

Es como si el mundo fuera una mancha de Rorschach y hubiese una sola interpretación oficial de esa mancha. Todo el mundo está de acuerdo en que así es.

Luego vendrá un gran genio que nos dirá que podemos ver el mundo de manera totalmente

diferente y, al principio, todos creerán que está loco. Pero si el genio insiste durante el tiempo suficiente, llegamos a aceptar la nueva visión.

Actualmente podemos ver los cuadros de Cézanne y damos cuenta de que la cosa es así. Podemos ver los cuadros de Van Gogh y darnos cuenta de que él realmente comprendió lo que se siente.

Ellos nos enseñaron a ver.

Cuando yo era pequeño pensaba que el arte chino era fantástico. Las cosas no se parecían a los cuadros; las flores y las montañas estaban estilizadas, eran muy extrañas. No obstante, cuando me acostumbré al arte chino, me di cuenta de que los chinos observaban las cosas con increíble exactitud.

En el Museo Victoria & Albert de Londres, en una ocasión vi una xilografía de un tigre. Era el tigre más complicado y fantástico que había visto en mi vida y estaba seguro de que nunca sería posible descifrarlo, pero me interesaba mucho porque era sumamente extraño.

Así que saqué mi cuaderno de dibujo y copié la stampa. Seguí todas las extremidades del tigre con gran cuidado y descubrí que su arreglo era completamente lógico. No era nada extraño en absoluto, simplemente se trataba de una pintura muy inteligente de un tigre, magistralmente lograda.

Cuando finalmente pude visitar el Lejano Oriente, me pareció deliciosamente divertido ver hasta qué punto el Japón se parecía al Japón. Ahí estaban todas esas pinturas, ante mis propios ojos, en mi vida diaria. Las pinturas ya no me parecían extrañas.

La moraleja de esto es que cada uno de nosotros tiene cierta visión del mundo que nos horroriza tanto como nos deleita. Desde la cuna a la tumba tenemos un programa que, según creemos, la sociedad aprueba, y nos sentimos muy inquietos si no lo seguimos exactamente. La interpretación social del Rorschach cósmico se expresa en palabras y convenciones, y pensamos que eso es la vida. Bueno, pues no lo es en absoluto.

Al intentar escapar de la convención y de las barreras que las palabras crean entre nosotros y la realidad, podemos renunciar a nuestra identidad y decir: «Ahora el juego se terminó. Vamos a ver lo que hay detrás de todo esto. ¿Qué está sucediendo en realidad?»

Tened cuidado para que el próximo *swami* que pase ante vosotros no os venda una nueva versión institucionalizada del mundo real. Por ejemplo, la noción de que cuando uno «despierta», todas las diferenciaciones se desvanecen, es una concepción convencional del universo.

Ahora bien, es obvio que hay una manera de ver el mundo por nosotros mismos; posiblemente esta visión estará de acuerdo con lo que otra gente ve y podremos comunicar esa manera de ver a los demás. Tal vez no sea más que un brillo fugaz en los ojos lo que nos indique que alguien más lo ve exactamente como nosotros.

Todas nuestras prácticas de meditación son simplemente para abrir nuestra consciencia a lo que sucede, por oposición a lo que se dice que sucede. Para hacerlo, debemos suspender nuestras palabras, dejar de hacer descripciones y estar alerta a lo que realmente sucede.

Es así de simple.

Si en realidad llegamos al punto en que no hablamos de ello todo resulta perfectamente claro. Todas las dificultades se desvanecen cuando uno se halla en la dimensión no verbal de la

consciencia.

La teología, la filosofía y la metafísica, tal y como hablamos de ellas, dejan de ser un problema urgente. Vemos las respuestas a todas las preguntas que se hacen los teólogos y los metafísicos y vemos también por qué sus preguntas son absurdas.

Vemos cómo es posible que este momento sea lo que siempre buscamos...

el Acontecimiento Divino

hacia el que se mueve toda creación.

Todo se hace absolutamente claro si, al menos temporalmente, suspendemos las descripciones y los comentarios, y experimentamos directamente la vida.

OM

Escucha.

Escucha con atención.

Escucha ese sonido.

¿Qué es?

¿Una corriente de aire?

¿Unas cuerdas vocales que vibran? ¿Tus propios tímpanos?

¿Algo que fluye en tu cabeza?

Es todo eso.

Ese sonido eres tú que vibras.

Ese sonido eres tú.

¿Y quién eres tú?

No me digas tu nombre, tu dirección y tu oficio.

Sabes que son sólo máscaras, disfraces, la Gran Actuación. ¿Quién la representa? ¿Tu cuerpo?

¡Vaya actuación!

¿Y quién pone el cuerpo?

Tu padre y tu madre. ¿Te pusieron ellos aquí?

Vamos, no digas tonterías.

Sabes muy bien quién eres, pero no lo quieres admitir.

Ahí, profundamente, en el centro, en el centro de tu corazón lo sabes. Siempre has estado aquí y siempre lo estarás.

Y el tú en ti es el mismo que el tú en mí.

No eres un turista de visita en este mundo por un tiempo. Perteneces aquí, como la manzana al árbol.

Y, así como la manzana es la energía del árbol, tú... sí, tú... eres la energía del mundo.

No sabes quién eres, ¿no es así? No puedes llegar a ti mismo en realidad. Al igual que la yema de un dedo no se puede tocar a sí misma y los dientes no se pueden morder entre ellos.

Y eso se debe a que tú, el tú profundo,

es lo que llamamos Brahmán.

El Ser del universo.

El *eso* que no puede ser superado.

El corazón y fundamento de todo lo que sucede.

Piensas que vas a morir algún día. Sí.

Eso es porque de vez en cuando tienes que *apagarte* a fin de que sepas que estás *encendido*.

No puede haber arriba sin abajo, una parte trasera sin un frente,

Un día luminoso sin una noche oscura.

Todo es una pulsación.

Así, ¿qué estás haciendo, Brahmán?

Estás jugando solo a encenderte y apagarte ,

Al escondite contigo mismo.

Simplemente vas por la eternidad en medio de la aventura Te olvidas de quién eres, en realidad.

De vez en cuando finges que no eres más que un

John Doe, o una

Mary Smith, o una

mariposa, o una

oruga, o una

estrella.

Y que estás perdido en medio de un enorme Mundo Exterior Que tú no eres.

Que no comprendes.

Que no controlas.

Por supuesto, debe haber un Otro para producir la sensación de que tú eres tú.

Y para que te sientas realmente tú, ese mundo exterior debe sentirse realmente extraño, diferente, misterioso, i Viejo tramposo!

En las profundidades de tu ser lo sabes todo y

lo que quieres es que te sorprendan.

Por eso debes dejar que las cosas se salgan de control.

Tienes que sentirte perdido y solitario

y llevas el juego hasta el fin

inventando deseos y amores

miedos y terror

ansiedades devoradoras y

mil delirios.

Todo para poder imaginar que no eres tú Sino ESO

el que lleva la batuta.

pero nuestro secreto es...

¡Que tú eres ESO!

Tú llevas la batuta.

Al no dejar que tu mano derecha sepa lo que hace la izquierda.

Al hacer que la vida sea una brecha vertiginosa entre lo que haces y lo que te sucede.

Esa es la gran ilusión, la comedia.

La Gran Actuación.

Y no sólo juegas tu juego con elementos tan simples como Encender y Apagar, blanco y negro, vida y muerte.

Para que parezca todo lo real que sea posible este mundo que tú representas debe ser tan complicado que no lo puedas descifrar.

Así, entre
el blanco y el negro, está toda la gama de colores.

Entre un fuerte puñetazo en la cara y
el intento de tocar el aire
están todas las texturas de
sentimiento

ardor
palpitación
empujones
abrazos
caricias
cosquillas
besos
roces
fricciones

y el viento leve sobre la piel.

Tu mundo es todos estos elementos

de vida y sonido
de gusto, olfato y tacto
entretejidos en muchas dimensiones en el
fabuloso telar de tu cerebro.

Tu cerebro.

La cosa más complicada del mundo.

Que tú mismo creaste sin pensar siquiera en ello. Siempre has sido tú.

Ya que tú, yo, el Ser es simplemente lo que hay y todo lo que hay.

Todos somos rayos de un centro, tetas de una marrana, sonidos de una flauta.

Para siempre jamás.

Pero no resulta monótono ni aburrido

porque lo olvidamos constantemente. Mantenemos encendido lo Encendido intercalando
Apagones.

¿Cómo es ESO de grande?

¿Cuánto dura un Encendido?

¿Cuánto dura un Apagón?

Digamos que el hombre y la mujer, la vida humana es una danza que dura 4.320.000 años (sólo
para dar una idea de la enormidad)

Y desde luego

hay todo tipo de danzas al mismo tiempo con sus propios ritmos Danzas de estrellas.

Danzas de rocas.

Danzas de peces.

Danzas de insectos.

Danzas de plantas Y extrañas escenas animales como danzas de cocodrilos y de elefantes.

La danza humana dura 4.320.000 años, un período al que llamamos kalpa.

Antes de que comience y

después que termina

siempre hay otro kalpa

o período de apagón

durante el cual el ser es simplemente el ser

y no finge ser este yo o ese tú.

A ese período de descanso le llamamos Paz. Desapego. Bienaventuranza pura.

Cuando los 4.320.000 años de descanso llegan a su fin

la danza comienza de nuevo

aunque siempre parece igual que la primera vez.

Cada día es hoy.

Y después

a través de muchos siglos

a través de muchas pulsaciones de despertar y sueño vida y muerte

extiendes tu mundo a través de un ciclo temporal que

varía de humor

como un arco iris, que va

del violeta al rojo, del

deleite real a la destrucción y el fuego. Ya que así como no hay violeta sin rojo no hay placer sin dolor.

Existen cuatro grandes divisiones del kalpa.

Se las ha comparado con las cuatro tiradas del juego hindú de dados.

Primero está la tirada perfecta de cuatro.

Después, la tirada ligeramente imperfecta de tres.

Luego, la tirada de dos, y finalmente, la tirada peor, de uno.

V así, el primer período dura 1.728.000 años

durante los cuales el mundo es tan perfecto como una flor fresca tan immaculado como la piel de una joven hermosa.

El segundo período es un poco más corto.

Dura 1.296.000 años

durante los cuales entra en la vida un pequeño elemento de mal y decadencia

Y se marchitan ligeramente las puntas de los pétalos.

El tercer período dura 864.000 años.

Durante esta era los poderes del bien y del mal se hallan equilibrados.

El cuarto período dura solamente 432.000 años y en él los poderes del mal y la destrucción lo dominan todo.

Al final tu Ser eterno

toma la forma de Shiva, el señor de la renovación mediante la muerte.

Tiene el cuerpo azul, diez brazos y lleva un collar de calaveras. Pero una de sus manos, con su gesto, nos recuerda que todo eso no es más que ilusión y juego.

El Shiva baila la danza del fuego

en la que se destruye el mundo material.

Y el Ser regresa al estado de Paz

desapego y

bienaventuranza pura.

Todo esto sucede eternamente kalpa tras kalpa tras kalpa y no solamente en este mundo visible que llamamos universo.

Ya que este universo que conocemos

tan sólo es un grano de polvo en otro universo.

Y todos los granos de polvo de este universo que conocemos contienen diminutos universos sin medida.

Sin fronteras dentro del átomo.

Sin fronteras en la inmensidad.

Por enorme por incomprensible

por aterrador que nos pueda parecer toda esta demostración

todo eso es básicamente hacer

tu propio ser interior.

Ese Ser que no puedes tocar ni ver

ni clavar con una aguja ni controlar

porque está demasiado próximo

demasiado cerca

justo en el centro de todo.

Porque eres tú.

ES NEGRA

Imagina a Dios Madre en lugar de Dios Padre, en lugar de una luz cegadora una oscuridad impenetrable de la que surge todo. OM.

Hay un viejo cuento sobre un astronauta que viaja al espacio y, a su regreso, le preguntaron si había estado en el cielo y había visto a Dios.

—Sí —respondió.

—¿Y cómo es Dios?

—Es negra.

Aunque el cuento es muy viejo, es sumamente profundo.

Conocí un monje que empezó siendo agnóstico. Luego se puso a leer a Henri Bergson, el filósofo francés que proclamaba la fuerza vital (*élan vital*) y mientras más leía esta dase de filosofía, más se convencía de que esa gente en realidad hablaba de Dios.

Personalmente, yo también he leído muchos razonamientos teológicos sobre la existencia de Dios y todos comienzan siguiendo esta línea: Si somos inteligentes y razonables, no podemos ser producto de un universo mecánico y carente de significado. Los higos no crecen en los cardos, ni las usas crecen en zarzas; por consiguiente, nosotros, en tanto que expresase del universo, en tanto que apertura a través de la cual el universo se observa a sí mismo, no podemos ser una mera casualidad.

Y a que si este mundo se *puebla*, como los árboles fructifican el universo en sí (la energía subyacente en él, que es de lo que se trata) debe ser inteligente.

Ahora bien, cuando llegamos a esa conclusión, debemos tener mucho cuidado, porque podemos dar un nuevo salto y llegar a una conclusión que carece de garantías: que esa inteligencia, ese maravilloso poder creador que produce todo esto, es el Dios de la Biblia.

¡Mucho cuidado!

Porque ese Dios, en contra de sus propios mandamientos, está hecho a imagen de un tirano paternal, autoritario y benéfico del antiguo Medio Oriente. Resulta muy fácil caer en esa trampa debido a que todo está preparado, institucionalizado por la Iglesia católica romana, por la sinagoga, por las iglesias protestantes... todo está listo para que lo aceptemos.

Bajo la presión del consenso social resulta muy natural suponer que cuando alguien emplea la palabra *Dios*, se refiere a la figura paterna, porque incluso Jesús utilizó esta analogía del padre para describir su experiencia de Dios.

Tuvo que hacerlo, pues en su cultura no había ninguna otra figura.

Actualmente nos hemos rebelado contra la imagen del padre autoritario, especialmente en los Estados Unidos, que son una república y no una monarquía. Pero rechazar la imagen paternalista de Dios como un ídolo no significa necesariamente ser ateo.

Yo he propuesto algo llamado ateísmo en nombre de Dios. Es decir, una experiencia, un contacto, una relación con Dios desde el fondo de nuestro ser, que no ha de encarnarse ni

expresarse en ninguna imagen determinada. Los teólogos en general no están de acuerdo con esta idea.

En mis conversaciones con ellos he descubierto que tienden a ser un poco obstinados sobre la naturaleza de Dios. Insisten en que Dios, de hecho, tiene una naturaleza muy determinada. Este monoteísmo ético sostiene que el poder que gobierna este universo tiene opiniones y reglas sumamente definidas a las que debemos someter nuestra mente y nuestros actos. Si no tenemos cuidado, iremos en contra de los fundamentos del universo y seremos castigados. Dicho en un lenguaje fuera de moda, nos quemaremos eternamente en los fuegos del infierno. En términos modernos, no llegaremos a ser una persona auténtica. (Lo que viene a ser tan sólo otra manera de decirlo.)

Existe la idea de que hay una autoridad detrás del mundo y esa autoridad no somos nosotros, sino alguien más. Esta concepción, judeo-cristiana y musulmana, hace que muchas personas se sientan ajenas a la raíz y base de la existencia. De hecho, hay muchas personas que nunca maduran y siempre están aterradas ante la imagen del abuelo.

Actualmente soy abuelo y los abuelos ya no me aterran. Sé que soy tan estúpido como mis abuelos. Por lo tanto, no estoy dispuesto a inclinarme ante la imagen de un dios con una larga barba blanca.

Nosotros, la gente inteligente, no creemos en realidad en esa clase de Dios. Me refiero a que pensamos que Dios es espíritu, que Dios es indefinible e infinito y todas esas cosas; pero aun así, las imágenes de Dios tienen un efecto mucho más poderoso sobre nuestras emociones que sobre nuestras ideas.

Y cuando la gente lee la Biblia y canta himnos como «Señor de los Tiempos que estás entronizado en la gloria» y «Dios, inmortal e invisible, el único sabio, inaccesible a nuestros ojos a pesar de la luz», siguen pensando en el señor de barba que vive en el cielo. Todo eso está muy ligado con sus emociones.

Para contrarrestarlo, debemos pensar en imágenes opuestas, y he aquí la imagen opuesta:

Es negra.

Imaginemos en lugar de Dios Padre a Dios Madre y, en lugar de un ser luminoso y resplandeciente, una oscuridad impenetrable.

En la mitología hindú, esta idea es representada por Kali, la Gran Madre, a quien se representa con las imágenes más terribles. Kali tiene colmillos y su lengua chorrea sangre; tiene una cimitarra en una mano, en la otra una cabeza cortada, y está pisando el cadáver de su marido, Shiva. Además, Shiva representa el aspecto destructivo de la divinidad que disuelve todas las cosas a fin de que puedan volver a nacer. Esta madre terrible que se alimenta de sangre es la imagen de la realidad suprema que se encuentra detrás de este universo. Ella representa las cosas más terribles, las que más nos aterrorizan.

Esta imagen es sumamente importante.

Supongamos que, en este momento, nos sentimos bastante bien. La razón por la que sabemos que nos sentimos bastante bien es que, en el fondo de nuestra mente, tenemos la sensación de algo absolutamente terrible que simplemente no debe ocurrir. Y así, en comparación con aquello que no sucede y que no necesariamente debe suceder, nos sentimos bastante bien.

Esa cosa absolutamente horrenda que no debe suceder es Kali.

Debemos empezar a preguntarnos si la presencia de Kali no es, de cierta manera, algo sumamente beneficioso. ¿Cómo podríamos saber que las cosas son buenas a menos que haya algo que no sea bueno en modo alguno?

Es negra. No se trata de un juicio definitivo, sino de una manera de empezar a considerar el problema y de sacar nuestra mente de sus cauces normales.

El sujeto tácito de este juicio, es decir, lo femenino, representa lo que en filosofía se denomina el principio negativo. Lógicamente, a la gente de nuestra cultura que apoya la liberación de la mujer no le gusta asociar lo femenino con lo negativo, ya que lo negativo ha adquirido connotaciones sumamente malas. Decimos que debemos subrayar lo positivo; lo que no es más que una simple actitud machista y chauvinista. ¿Cómo podríamos saber que sobresalimos a no ser por comparación con algo que no sobresale?

No podemos apreciar lo convexo sin lo cóncavo. No podemos apreciar lo firme sin lo vacilante. Por consiguiente, la pretendida negatividad del principio femenino es, obviamente, vivificadora y muy importante.

Pero vivimos en una cultura que no lo advierte. Por ejemplo, nuestra atención se fija en las figuras e ignora los fondos. Al ver una pintura, una representación de un ave, no advertimos el papel blanco que está debajo del dibujo. Al ver un libro impreso, suponemos que lo importante es la impresión y que la página carece de importancia. Pero si reconsideramos todo esto, ¿cómo podría haber una impresión visible sin una página debajo?

De alguna manera, consideramos que las posiciones subyacentes, como las posiciones misioneras, son inferiores. Pero ser subyacente equivale a ser *fundamental*.

La palabra *substancia* se refiere a lo que se encuentra por debajo (*sub* — debajo y *stancia* — estar). Ser substancial es ser subyacente, ser el sostén, el fundamento del mundo.

Esta es la gran función de lo femenino: ser la sustancia.

Por consiguiente, lo femenino es representado por el espacio, que de noche parece negro.

De no ser por el espacio negro y vacío, no tendríamos ninguna posibilidad de ver las estrellas. Las estrellas brillan en el espacio y los astrónomos están empezando a darse cuenta de que las estrellas son una función del espacio. Ahora bien, esto parece ir en contra de nuestro sentido común, ya que pensamos que el espacio no es otra cosa que la nada y no nos damos cuenta de que el espacio es totalmente básico para todo.

Es como nuestra consciencia. Nadie puede imaginarse qué es la consciencia. Es el «qué» más esquivo de todos los que existen.

Debido a que es el telón de fondo de todo lo demás que conocemos, no le prestamos mucha atención. Ponemos atención en las cosas que se hallan dentro del campo de la consciencia, en las descripciones, en los objetos, en las supuestas cosas que hay en el campo visual, en los sonidos que se encuentran dentro de nuestra capacidad auditiva, etc. Pero a lo que abarca todo eso (sea lo que sea) no le prestamos mucha atención. Ni siquiera podemos pensar en ello.

Es como intentar verse la cabeza. Intentemos vemos la cabeza y ¿qué encontramos? Ni siquiera una mancha oscura en medio de las cosas; simplemente no encontramos nada.

Y sin embargo, la cabeza es aquello con que vemos, lo mismo que el espacio es aquello donde

brillan las estrellas.

Hay algo sumamente raro en todo esto. Eso que no puedes capturar, eso que siempre nos escapa, que es totalmente esquivo...

el vacío

... parece ser absolutamente necesario para que exista cualquier cosa. Ahora llevemos este pensamiento más adelante.

Kali también es el principio de la muerte porque lleva una cimitarra en una mano y una cabeza cortada en la otra.

Pensar en la muerte es tremendamente importante, pero lo eludimos. En nuestra cultura barremos la muerte debajo de la alfombra.

En los hospitales se intenta mantener vivo al paciente durante el mayor tiempo posible, a pesar de que pueda tratarse de una situación totalmente desesperada. No le dicen al paciente que va a morir. Cuando tienen que decir a sus parientes que se trata de un caso «sin esperanza», a menudo se les advierte que no deben decírselo al paciente. Y la familia llega a ver al paciente con una sonrisa fingida y le dicen: «Oye, te pondrás bueno dentro de un mes, más o menos. Después iremos a pasar unos días al mar y escucharás el canto de los pájaros». Y el moribundo sabe perfectamente que eso es una ficción.

Hemos hecho de la muerte algo terrible. Hemos inventado vidas terribles para después de la vida. La versión cristiana del cielo es tan abominable como la versión cristiana del infierno. Nadie quiere pasarse la vida dentro de la iglesia, ¡vamos!

Los niños quedan absolutamente horrorizados al oír himnos como el que dice: «Postrado ante Ti para contemplarte continuamente». Ahora bien, en el nivel teológico se puede retorcer sutilmente este himno para que parezca muy profundo. Estar postrado y contemplar (ver), al mismo tiempo, es una *coinci— dentia oppositorum*, una coincidencia de opuestos, un concepto muy profundo. Pero para un niño es como un calambre en el cuello.

Nos enfrentamos a la idea de que lo que puede suceder tras la muerte es que nos encontraremos ante nuestro juez, el que lo sabe todo sobre nosotros, el Gran Papá que sabe lo malos que éramos desde muy pequeños. Con su mirada llegará hasta el centro de nuestra existencia inauténtica... y ¡quién sabe los nervios y la inquietud que sentiremos!

O podemos creer en la reencarnación y pensar que nuestra próxima vida será la recompensa o el castigo por lo que hemos hecho en esta. Bueno, si hemos cometido el crimen perfecto en esta vida, quién sabe qué cosas terribles nos sucederán en la próxima.

Consideramos que la muerte es una catástrofe.

También hay otras personas que dicen: «Cuando estás muerto, estás muerto». Como si no fuera a suceder nada en absoluto. Así que ¿para qué preocuparse? Bueno, en realidad no nos gusta mucho la idea, nos espanta. ¿Te imaginas 16 que sería morir? ¿Dormirse y nunca más despertar?

Hay muchas cosas que no será. No será como si te enterraran vivo. No será como estar eternamente en la oscuridad. Os digo que será como si nunca hubierais existido, en absoluto. No solamente vosotros, sino todo lo demás también. Simplemente no habrá habido nunca nada y no habrá nadie que lo lamente.

Y no habrá problema.

Pensadlo un momento.

Cuando en realidad lo pensamos, sentimos una sensación muy extraña.

Imaginadlo en realidad.

Simplemente detenerse por completo... y ni siquiera podemos hablar de *detención*, porque no se puede tener detención sin arranque. Y no hubo arranque; no hubo nada.

Si lo pensamos, veremos que así era antes de que nacióramos. Si retrocedemos tanto como nos sea posible en el recuerdo, llegamos a ese estado. Y al anticipamos al futuro a fin de saber cómo será estar muerto, se nos ocurren ideas raras: que ese vado es la contraparte indispensable de lo que llamamos *ser*.

Todos pensamos que estamos vivos. Pensamos que estamos realmente aquí. ¿Cómo podríamos experimentar esta realidad, si

no hubiésemos estado alguna vez muertos? ¿Qué nos da una vaga noción de que estamos aquí, si no es el hecho de que, alguna vez, no lo estuvimos? ¿Y de que más tarde, no lo estaremos?

Se trata de un ciclo, como los polos negativo y positivo en electricidad. Este es el valor del simbolismo de *Es negra*.

Ella, el principio uterino, lo receptivo, el vacío y la oscuridad. ¿Dónde podría brillar la luz, si no en la oscuridad?

Si podemos captar esto, podemos comprender muchas fascinantes consecuencias.

En la naturaleza no hay verdadera negrura. Tengo un gato que supuestamente es negro, pero observándolo de cerca es de color marrón oscuro. Todas las sombras tienen color. Al igual que no hay gatos negros, en realidad no existen personas negras. Yo soy más bien de un rosado pastoso y no verdaderamente blanco, mientras que mis amigos negros son de diferentes tonos de marrón.

Al mismo tiempo, el uso de la palabra *negro* contiene algo sumamente significativo. Es el principio de la noche. El otro lado de la luz es muy importante porque nos demuestra que la luz no puede ser luz sin el negro. Por consiguiente, debemos abandonar la teología en que la luz y la oscuridad se oponen irreconciliablemente.

La concepción más esquizofrénica posible es pensar que lo blanco y la luz son lo bueno, lo que es total y hay que conservar, mientras que la oscuridad y lo negro son lo malo, que debe abandonarse y rechazarse. La luz y la oscuridad, el blanco y el negro, el yang y el yin, son mutuamente indispensables.

No queremos pensar que la resolución de ambos es una especie de lodosa mezcla de blanco y negro. Intentamos pensar qué es lo que tienen en común la luz y la oscuridad, el blanco y el negro, y que escapa a nuestra imaginación.

Cuando el macho y la hembra se unen (cuando se unen en realidad) sucede algo entre ellos que escapa a su imaginación.

«Te quiero».

¿Qué significa esto?

Una mujer puede preguntar a un hombre: «¿Por qué me amas?»

éste balbucea: «No lo sé. Hay algo en ti que se me escapa. No me pidas que te lo explique, por favor».

Luego, en otra ocasión, el hombre puede decir: «Bueno, la situación es perfectamente clara, es

así y asá, todo el mundo lo entiende», y la mujer dice: «Bueno, tal vez, pero yo creo que te has olvidado de algo, de algo muy importante que no has incluido en tu idea. No me parece correcta».

este es el juego sempiterno entre ambos, de manera que ambos son misterios interminables para el otro. Las mujeres parecen avispadas y piensan que comprenden a los hombres. Y los hombres parecen vehementes y piensan que entienden a las mujeres. Pero no es así.

Ninguno de los dos entiende al otro y así es como debe ser. Si entendiéramos todo completamente hasta sus mismísimas raíces, nos aburriríamos.

Todo sería predecible.

¿Qué puede resultar más aburrido que conocer tan bien a una persona que podamos predecir todas sus reacciones? Si automáticamente sabemos cuál será su opinión sobre cualquier tema, no nos molestaremos en hablar de nada. De hecho, una persona tan predecible es muy vulnerable, ya que cualquiera cuyos hábitos sean completamente predecibles es, como decía don Juan a Carlos Castañeda, una presa fácil.

¡Seamos sorprendentes y, además, sorprendámonos a nosotros mismos!

La única manera en que podemos ser verdaderamente irregulares es no sabiendo, intelectualmente, lo que vamos a hacer. Esta es una enseñanza de Jesús. Él dijo que todos los que han nacido del Espíritu son como el viento que sopla donde él quiere, y nosotros lo oímos, pero no sabemos de dónde viene ni adónde va. También recomendó a sus discípulos que, cuando fueran a hablar, no pensarán de antemano lo que iban a decir, sino que dejarán que el Espíritu los inspirase. (Naturalmente, todos los sacerdotes han sido educados para preparar cuidadosamente sus sermones de antemano.)

A la mayoría de nosotros nos asusta lo desconocido.

Tenemos miedo de no llegar a conocer a Dios (es decir, la base de nuestro ser, la energía que todos expresamos). Atendemos a toda clase de imágenes, ya sean masculinas o femeninas, luminosas u oscuras, sabiendo perfectamente que no podemos llegar a lo que nos es esencial y eso nos preocupa.

Abandonarnos pacífica y auténticamente, de manera sumisa, a la posibilidad de la muerte, a la inexistencia de nuestros recuerdos, de nuestro ego; pasar del *es* al *no es*; rendirnos a lo femenino, cosa que hacemos alegremente cuando hacemos el amor, algo estrechamente vinculado en toda la historia simbólica con la muerte: Esos son los pasos que nos provocan tanta angustia.

Nos sentimos fascinados y horrorizados al mismo tiempo por esto que somos y que nunca podremos saber, que nunca podremos controlar.

Y así llegamos ante la presencia del Dios que no tiene imagen.

Detrás de la imagen del padre, detrás de la imagen de la madre, detrás de la imagen de la luz inaccesible y detrás de la imagen de la oscuridad profunda y abismal, hay algo más que no podemos concebir en absoluto. Esto no es ateísmo en el sentido formal de la palabra. Es una actitud profundamente religiosa, ya que en términos prácticos corresponde a una actitud hacia la vida que implica una confianza y abandono totales.

Cuando elaboramos imágenes de Dios, estas no son más que exhibiciones de nuestra falta de fe. Queremos algo de qué cogemos, de qué aferramos, la roca de los tiempos o lo que sea. Pero únicamente cuando no nos aferramos adoptamos una actitud de fe.

De ordinario, si os presentara una idea que os pareciera totalmente negativa, que aboliera todas las certezas que consideraríais necesarias y os dejara aparentemente en medio de un vacío, pensaríais que soy un nihilista, un destructor. De alguna manera es cierto: esta es la actitud de Shiva, una actitud destructiva.

Pero, una vez más, llegamos a la idea del ateísmo en nombre de Dios. Únicamente abandonando todas estas concepciones, podemos en realidad descubrirnos a nosotros mismos.

Si abandonamos todos los ídolos, encontraremos, desde luego, que este desconocido que es el fundamento del universo somos nosotros mismos.

No es el tú que piensas que eres.

No es la opinión que tienes de ti mismo.

No es la idea o imagen que tienes de ti mismo.

No es tu sensación crónica del deber.

Tu ser está más allá de todo eso.

Es algo que nunca puedes capturar.

No puedes comprenderlo; ¿para qué?

Si pudieras, ¿qué harías con él?

Nunca puedes llegar a él.

La actitud de fe con respecto a ese misterio central y profundo consiste en dejar de perseguirlo, de intentar capturarlo.

Si eso sucede, pasan las cosas más sorprendentes. Si yo trato de mejorarme y de controlarme levantándome con los cordones de los zapatos, lo único que lograré será desperdiciar energía indefinidamente; simplemente resulta imposible. Cuando dejo de intentarlo, de pronto toda esa energía que he estado malgastando la puedo emplear para otra cosa.

La mayoría de nosotros estamos en un estado de tensión constante, pensando si vamos a sobrevivir o no. Al conducir en la carretera, cada minuto pensamos si vamos a sobrevivir.

Si tomamos un avión pensamos si vamos a sobrevivir. Nos preguntamos de dónde vamos a sacar el dinero para comprar comida al día siguiente. Estamos totalmente absortos en esta necesidad de sobrevivir. Estamos «cansados de vivir y tenemos miedo de morir».

Supongamos que nos damos cuenta de que sobrevivir o no carece de importancia. ¿Realmente necesitamos sobrevivir?

¿No te sentirías mucho mejor si abandonararas la necesidad de sobrevivir?

¿No te sentirías más libre?

¿No dispondrías de más energía para hacer cosas gloriosas?

¿No serías capaz de amar más a los demás si ya no te preocupara si vas a sobrevivir?

Hemos aprendido que debemos continuar, que es nuestro deber.

Pero no lo es.

Todas estas ideas sobre lo espiritual, lo divino y lo que debemos hacer no son la única manera de ser religioso.

Hay un misterio inefable subyacente en nosotros y en el mundo. Es la oscuridad de la que surge la luz. Cuando reconocemos la integridad del universo y que la muerte es tan inevitable como el nacimiento, podemos descansar y aceptar que es así.

No podemos hacer nada más.

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
18/02/2014*